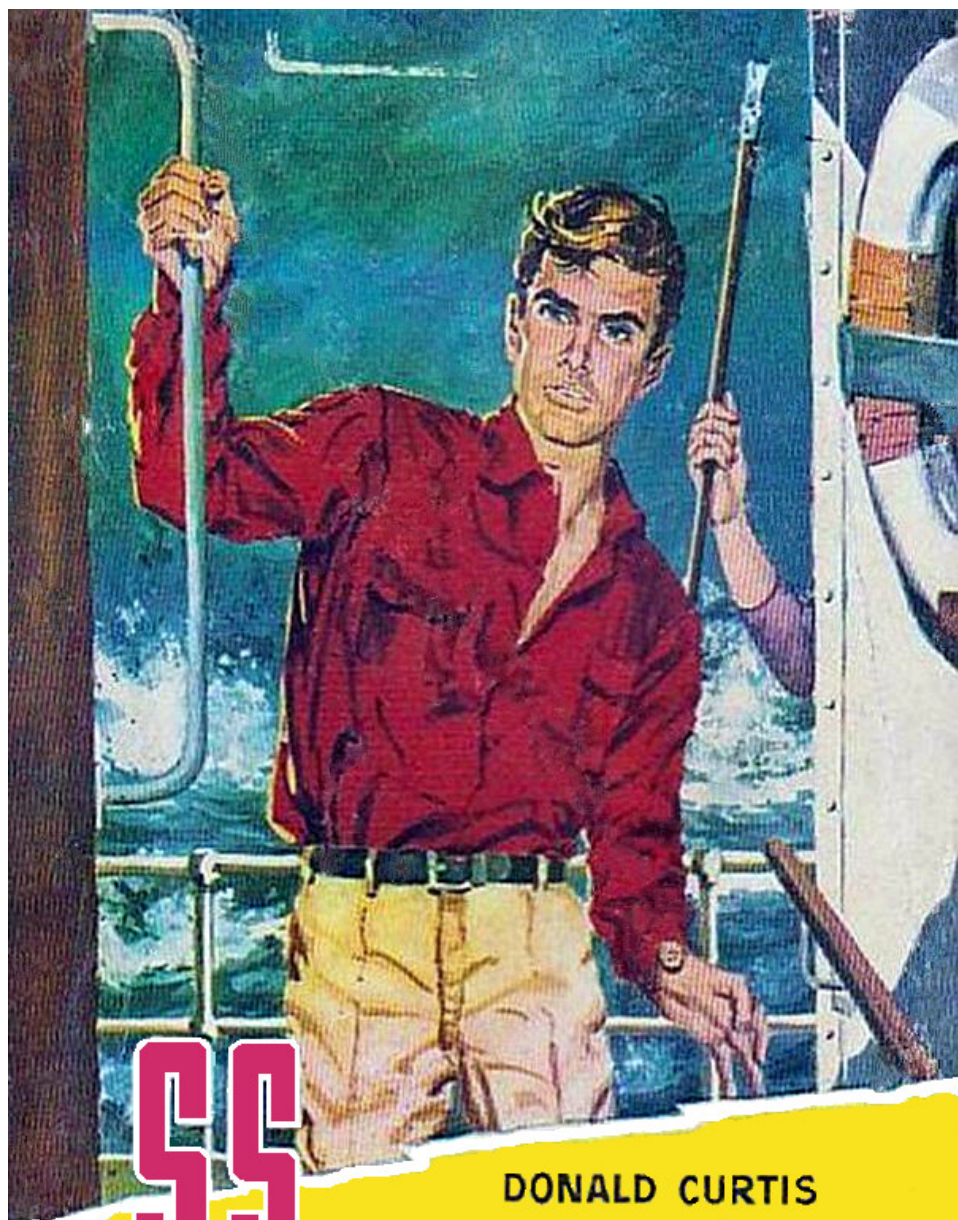




SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS
RED
ESCARLATA

No sé si tendré valor para hacerlo, Paul...

—¡Es necesario, Eva! ¡Tienes que hacerlo!

—Resulta fácil ordenarlo, Paul. Dirigirme a distancia, decirme lo que tengo que hacer.

Pero lo terrible... es hacerlo. Llevarlo a la práctica...

El hombre entornó los ojos. Éstos eran grises y fríos. También eran duros. Se encogió de hombros, tras una pausa que destinó a estudiarla a ella. Y dije:

—Alguien tiene que dirigir. Y siempre existe el que realiza, el que hace posible que lo proyectado tenga forma. Yo soy el cerebro, Eva. Tú, mis manos. Haz que éstas actúen. Confío en ellas, igual que confío en mi propia inteligencia. Esto hay que hacerlo, Eva. *¡No tenemos más remedio!*



Donald Curtis

Red escarlata

Bolsilibros - Servicio Secreto - 559

ePub r1.0

Lds 20.07.17

Título original: *Red escarlata*

Donald Curtis, 1961

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Donald Curtis

Red escarlata

1ª. EDICIÓN

ABRIL 1961

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)



RED ESCARLATA

POR

DONALD CURTIS

CAPÍTULO PRIMERO

MARES DEL SUR

No sé si tendré valor para hacerlo, Paul...

—¡Es necesario, Eva! ¡Tienes que hacerlo!

—Resulta fácil ordenarlo, Paul. Dirigirme a distancia, decirme lo que tengo que hacer.

Pero lo terrible... es hacerlo. Llevarlo a la práctica...

El hombre entornó los ojos. Éstos eran grises y fríos. También eran duros. Se encogió de hombros, tras una pausa que destinó a estudiarla a ella. Y dije:

—Alguien tiene que dirigir. Y siempre existe el que realiza, el que hace posible que lo proyectado tenga forma. Yo soy el cerebro, Eva. Tú, mis manos. Haz que éstas actúen. Confío en ellas, igual que confío en mi propia inteligencia. Esto hay que hacerlo, Eva. *¡No tenemos más remedio!*

Agitaba un sobre alargado, voluminoso. En él, apenas si era visible el nombre de su destinatario: *Paul Florián, Weda. Isla Halmahera. Molucas*. En cambio, resaltaban con intensidad los gruesos caracteres negros del membrete, aún desde donde la mujer se hallaba doblando cuidadosamente las prendas vaporosas, de seda y de nylon, dentro de una pequeña maleta de piel roja y cantoneras doradas:

Indonesian Insurance
Corporation Limited.

Tras un silencio, ella musitó, apretando los rojos labios:

—Está bien, Paul. Lo haré. Lo haré, si es absolutamente preciso.

—Tú sabes bien lo muy preciso que es —sus ojos fueron al membrete que ella contemplaba como hipnotizada. Sonrió torcidamente—. Sí, querida. Éstas son nuestras razones. Nuestras grandes y poderosas razones para hacer lo que vamos a hacer...

—¿No... no habría otro medio, Paul?

—Absolutamente ninguno. Hemos apurado las posibilidades. Únicamente queda ésta.

La tenemos en nuestras manos. Y tenemos que aprovecharla... ocurra lo que ocurra.

Ella suspiró, inclinando la cabeza. Prosiguió su tarea. No comentó nada. No respondió cosa alguna. Solamente se limitó a repetir, como un eco distante y apagado:

—Ocurra lo que ocurra...

—¿Otro ron, Todd?

—Sí, dame otro. Doble.

—Lo siento, Todd. Te daré uno... por mi cuenta, pero no tengo dinero para pagarte raciones dobles —le sirvió una copa. Luego, cerró la botella con un seco taponazo—. Lo siento de veras. Bebe eso. Luego, ve a ver si el «Francés» te quiere servir algo más.

—No te he pedido que me convides, Van Neuf. Yo pagaré. Sírvelo doble y anótalo en mi cuenta...

—Oye, Todd, no me gusta hablarte así ni decirte ciertas cosas —declaró el rubio holandés, dejando la botella de ron en la estantería—. No tienes cuenta.

—¿Eh? —se extrañó Todd Martin—. ¿Qué mil diablos dices?

—Ya me has oído. Es cosa del patrón. Hans se ha cansado de servirte cosas a cuenta. Él dice que no tiene papel lo suficientemente largo para ir sumando lo que le debes. Si te fío algo más, iré yo a la calle. —Van Neuf echó una moneda al cajón—. Por eso pago lo que tomas. Porque en el fondo te aprecio, Todd. Pero no puedo servirte nada más. Lo siento...

—Entiendo. —Todd Martin apuró de un trago su ron. Se secó los labios húmedos con el dorso de su manga. La barba de varios días, rascó ásperamente en el tejido de hilo que un día fue blanco. Ahora, nadie podía saber su color real—. Entiendo, Van Neuf. A Hans se le terminó la paciencia.

—Más o menos, ésa es la situación.

—Muy bien —echó a andar hacia la salida. Miró con avidez al hombre de color que, en una mesa, bebía lentamente de una botella mediana de ron—. Iré a ver al «Francés». Estoy seguro de que él tiene más confianza en mí que tu cochino patrón. El día que tenga dinero, lo primero que haré, será pagarle hasta el último céntimo a Hans. ¡El muy cerdo...!

—Ese día nunca llegará, Todd Martin, y tú lo sabes —dijo una voz fría, despectiva, a su derecha—. Por eso se ha terminado el fiarte bebidas.

Todd se volvió como si le hubiese picado una víbora. Sus ojos pardos y hoscos, que el alcohol enturbiaba ligeramente, se fijaron en el hombre gordo, de impecable traje blanco y grasienta cabeza calva, reluciente por el sudor.

Hans Van Dine había echado a un lado la cortina de bambúes, saliendo al local. No le miraba como a un amigo. Todd torció el gesto.

—No hubieras hablado igual si hubiese aceptado tu sucia oferta de entrar y sacar contrabando, ¿eh, holandés? —rezongó Martin duramente.

—No me preocupan tus reproches —sonrió con frialdad Van Dine—. Entonces pudiste ser un tipo adinerado, vivir bien... Allá tú si lo rechazaste. Hacer contrae bando, es mejor que morirse con un ataque alcohólico en cualquier rincón de la isla.

—Yo no me moriré en ningún rincón —replicó Martin—. Todavía soy joven.

—¿Y de qué te sirve? Estás hundido, degradado. Eres peor que una rata de los muelles.

¿A dónde esperas ir así?

Todd Martin parecía que iba a enfurecerse. Pero no ocurrió tal cosa. Achicó los ojos, con peligrosa expresión. Luego, se encogió de hombros y soltó una risa seca.

—Es posible que tengas razón, holandés —masculló—. Pero eso no me preocupa, Hans.

—¿Hay algo en la vida que te preocupe?

—Hasta hoy, nada. Desde hoy, una cosa: pagarte a ti hasta el último centavo.

—Sabes que eso no puede ser. Debes demasiado. Vete y olvida la deuda. No vuelvas por aquí, si no es pagando al contado. Tú nunca

tendrás los quinientos dólares que, por lo menos, harían falta para cubrir tu factura. Desengáñate, Todd Martin. Si no trabajas en algo, si no ganas algún dinero como cualquier otro, no podrás seguir adelante. Este es el fin. No vuelvas a poner el pie en mi casa, si no es para pagar al contado.

—Sí, hablas muy claramente. No habrás nacido para diplomático, pero tampoco te hace falta. —Todd avanzó hasta la puerta. Alzó la cortinilla de cañas de colores, que sonaron con su rumor tamborileante—. Volveré. Te pagaré lo tuyo. Hasta entonces, Hans...

Agitó una mano y salió a la calle. Se detuvo un momento, mientras tabaleaban las cañas a sus espaldas. Entornó los ojos, deslumbrado por el sol. Se cubrió mejor con el ala de su sombrero tropical, color hueso. Se caía de puro viejo, pero era mejor que no llevar ninguno. En las islas, el sol apretaba demasiado.

Caminó unos pasos. Dobló el recodo de la calle. Weda era una ciudad de relativa importancia en las Molucas. Pero tenía barrios mejores que éste. Solo que Todd no se acercaba nunca a ellos. Éste era su mundo: del muelle a casa del holandés, al cafetín del «Francés», o al fonducho de Kramer, al final del malecón. A veces, había llegado a reunir lo que cobraba Kramer por una cama, y durmió entre sábanas. Sucias, pero sábanas a fin de cuentas. Ese lujo, no siempre era posible. Los fardos y cajas de los apartaderos y tinglados portuarios, resultaban mucho menos cómodos, pero eran su lecho durante la mayoría de las noches.

El mundo de Todd Martin era pequeño y sucio, innoble y duro. Pero a él parecía gustarle. Si alguien le hubiera preguntado por qué estaba allí, Todd no hubiera sabido qué contestar. O le hubiera dicho:

—¿Y qué más da? ¿Qué tiene este sitio que no tengan otros por ahí? —Y a otras preguntas más concretas hubiera continuado respondiendo—: ¿Una casa, una cama?

¿Para qué? Estoy bien así. No tengo que pagar alquiler, ni luz, ni agua... Tampoco tengo unas horas fijas para comer o para dormir. ¿Trabajar? No es necesario. No merece la pena trabajar. El hombre vive, por el simple hecho de nacer. ¿Por qué ha de trabajar, mientras viva sin necesidad de hacerlo? Yo trabajé. Una vez, trabajé, como trabaja todo el mundo. No me fueron bien las cosas

así. Ahora estoy mejor...

Cosas así hubiera contestado durante mucho tiempo. Pero lo cierto es que nadie le hacía preguntas de esas. Quizá porque a nadie le interesaban tampoco sus respuestas.

La filosofía amarga y deprimida de Todd Martin, era consecuencia de su propia vida anterior y actual. Nadie podía cambiarle de cómo realmente era. Ni lo intentaban siquiera.

Se acercó a la cantina del «Francés». Louis Balzoux, «El Francés», era un tipo charlatán y desprendido. Muy diferente a la viscosa frialdad de Van Dine, el holandés contrabandista. Pero posiblemente también le debía demasiado. Su desastre total, sólo dependía de que el sentido de economía y prudencia hubiera hecho presa también en el galo.

Entró casi con temor. Cruzó entre las mesas. Había bastante gente, aunque siempre la había en casa de Balzoux. Era un buen hombre, y le apreciaban; él también. Hubiera querido demostrárselo, pagándole sus deudas. Pero uno, no siempre puede demostrar patentemente su afecto a los demás. Las buenas intenciones no engendran dinero en los bolsillos con telarañas.

El propio Balzoux servía en el mostrador. Era rubio, fornido y de ojos claros. Como buen francés, agitaba ampulosamente sus manos al hablar, y se expresaba con rapidez y elocuencia.

—¿Qué hay, Todd? —saludó, con una ancha sonrisa que hizo parecer más redonda su cara—. ¿Algo piara remojar el gaznate?

—Me gustaría. Pero no tengo dinero, «Francés»...

—¿Lo tuviste alguna vez? —rió Balzoux ruidosamente—. Al menos, yo nunca te he conocido con un solo centavo en el bolsillo... Anda, bebe. Supongo que prefieres ron, ¿no es eso?

—Sí, «Francés». Gracias. Algún día te pagaré.

—Seguro. Te lo cargo en cuenta. Pero no tienes que darte prisa.

—Eres un buen amigo, «Francés». ¿Sabes una cosa? Van Dine me ha echado. Ya no me fiará más. Creo que tiene razón, después de todo.

—Es un puerco. Yo siempre tengo abiertas las puertas para los amigos —rió el hombretón noblemente—. No vaciles nunca en venir a beber una copa aquí, muchacho.

—Si todo el mundo fuese como tú... —suspiró Todd Martin—. Creo que entonces tendría fe en el mundo, en las personas... quizás

hasta en mí mismo.

—¿Por qué no has de tenerla? La gente es mejor de lo que parece. El mundo también.

—Posiblemente sea así. Pero yo tengo motivos para pensar de distinta forma, Balzoux. Un hombre no se convierte en una ruina por simple gusto, o por pereza y miedo a la vida.

—Ya sé. Tú eres uno de los tipos que abundan en sitios como Weda —suspiró el «Francés»—. Gente de la que uno no sabe nada. Parecéis parásitos, vagabundos con horror al trabajo. Pero la razón de todo eso está en alguna parte. Sólo que no nos preocupamos en conocerla o buscarla.

Todd asintió. No dijo nada. Su faz reflejaba amargura. Parpadeó levemente al advertir que Balzoux hurgaba en un bolsillo y extraía algo. Era un billete. Un billete de dólar. No. Eran dos dólares. Lo depositó, doblado, sobre el mostrador. Miró a Todd.

—No has comido aún, ¿verdad?

Denegó Todd con la cabeza. Luego, Balzoux volvió a interrogar:

—¿Cenaste anoche?

Nueva negativa. Balzoux suspiró. Estiró los dedos que presionaban el billete. Dijo sencillamente:

—Ve a comer. Kramer tiene platos económicos pero sabrosos. Y calientes.

—No, «Francés»... —suplicó Martin, enrojeciendo ligeramente—. Dinero, no...

—Vamos no seas tonto, muchacho. Ya me lo devolverás. No es una limosna.

—Sabes que nunca podré devolvértelo.

—Claro que sí. Yo sé que un día te encontrarás a ti mismo. Trabajarás. Y volverás a ser el que un día fuiste. Incluso es posible que te largues para siempre de esta pocilga ardiente y vuelvas a tu lugar en el mundo, donde están los de tu clase.

Todd no respondió. A viva fuerza, Balzoux le había metido el billete entre los dedos. Lo sepultó, avergonzado, en su bolsillo. Le cosquilleó el estómago. Sí, tenía hambre, Y ahora podía saciarla.

Miró en derredor. Nadie parecía haber observado el gesto paternal, bondadoso, del cantinero galo. ¿Nadie? No, aquella mujer sentada en un extremo de la sala, parecía tener fijos los ojos en él. No parpadeó ni los desvió al mirarla él. Era una dama. Y cuando en

la isla se decía de una mujer que «era una dama», es porque lo era. Comprendió que ni siquiera le miraba a él. Estaría pensando en sus cosas. Era raro que estuviera en un sitio como aquél. Pero ¿quién se lo podía prohibir, después de todo?

—Gracias, «Francés» —susurró Todd, avanzando hacia la salida —. Gracias...

Balzoux le vio salir. Meneó la cabeza de un lado a otro, con una sonrisa. La cortina de bambúes tamborileó detrás del vagabundo de las islas. Alguien siseó a Balzoux desde un punto de la sala. El francés acudió. Era la dama. Se había puesto en pie. Su vestido *beige* se amoldaba perfectamente a unas curvas embriagadoras. La melena era roja y densa. También su boca. Los ojos, en cambio, eran verdes.

Pagó a Balzoux. Luego, se encaminó a la salida. Alguien silbó a su paso. Ella no se inmutó. Balzoux rascóse la cabeza, siguiéndola con la mirada.

—Es la primera vez que una dama pisa mi establecimiento —rezongó—. Si cunde el ejemplo, tendré que hacer reformas...

* * *

Todd Martin apuró su plato con avidez. La comida caliente y la buena cerveza de Kramer, obraban milagros. Se sintió mejor. Mil veces mejor. Kramer, ceñudo, le contemplaba fijamente desde el mostrador, mientras limpiaba vasos y copas. Parecía sorprendido. No era desconfianza porque ya había cobrado. Cuando no se fiaba de alguien, cobraba por anticipado. De Todd no podía fiarse, ni él se ofendía por eso. Cobró su medio dólar antes de que se sentara a la mesa. Pero sin duda se preguntaba de dónde habría llovido esa pequeña fortuna, para recogerla un tipo como él.

Todd se permitió el lujo de pedir café. Se pagaba aparte. Pero esta vez se lo sirvieron sin esperar a que pagase. Sintióse generoso, y dio diez centavos de propina al camarero de Kramer, un nativo llamado Sorong. El muchacho se inclinó, ceremonioso.

El comedor infecto de Kramer estaba rebosante. El dueño hizo un gesto, y un negro de suéter ceñido, a rayas horizontales blancas y azules, de manga corta sobre sus poderosos músculos, hizo un gesto de asentimiento.

Se sentó a un piano. Sonaba desvencijadamente, pero la melodía era reconocible: «Vuelve al viejo hogar». Poco después, una voz lánguida, sensual y melodiosa, llegó de una escalera situada junto al piano. Alzaron muchos la cabeza, Todd entre ellos.

Se había levantado una cortina de flecos multicolores allá arriba. Una muchacha en *sarong*, de largas y bronceadas piernas, cabello castaño y seno juvenil, cantaba «Vuelve al viejo hogar», con acento cálido, sensitivo. Descendía los escalones con pasos lánguidos, que hacían cimbrear su figura.

Todd Martin la contempló con indiferencia. Era Blanca, la chica que actuaba en el local de Kramer para atraer clientela. Otro producto de las islas. Nadie sabía de dónde había llegado. Pero allí estaba y allí cantaba. Era joven, atractiva, y aunque no fuese una belleza, tenía gracia y dulzura en el rostro de ojos oscuros y labios gordezuelos, levemente exótico.

Blanca le sonrió, tras una mirada de sorpresa, sin dejar de cantar. Acercóse a él por entre las mesas. Todd apenas contestó a esa sonrisa. Conocía a Blanca. A veces la veía en un sitio o en otro. A veces, había llegado a pensar que estaba interesada en él. Pero él no estaba interesado en nadie.

Comprendía su sorpresa de ahora. Era inusitado ver comer a Todd Martin en alguna parte que no fuese reclinado sobre los cajones y fardos del muelle, arrancando la cáscara a un plátano, o sorbiendo agua de un coco.

Blanca pasó junto a él, cantando la canción. Acarició sonriente su barbilla, en un párrafo de su canción, para continuar por entre las mesas, pero dirigiéndole algunas miradas de soslayo.

Todd Martín la observó, inexpresivo. Luego, apuró su café, y dejó resbalar su mirada por la sala cargada de humo. Se llevó un sobresalto:

Estaba allí otra vez.

Era la dama del local del «Francés». La misma roja melena, los mismos ojos verdes, fijos e inquietantes. Le miraban a él. O lo parecía.

Se había acomodado cerca de la puerta, en línea recta hacia Todd, sin columnas ni interferencias por medio. Tenía delante una taza de café. Pero estaba intacto, posiblemente frío. Todd, ceñudo, la desafió con su mirada. Ella no bajó la suya, no se movió ni

expresó nada. Igual que una esfinge.

Todd se rebulló, inquieto. No, tal vez no le miraba tampoco a él en este momento. Posiblemente pensaba en algo. Pero resultaba casual. Primero en casa de Balzoux, ahora aquí... Lugares poco apropiados para una dama.

Se puso en pie. Ya no tenía nada que hacer allí. Pasó entre las mesas, camino de la salida. Cuando lo hizo cerca de la mesa de la pelirroja, miró hacia ella. Su profundo descote en V era demasiado audaz. Pero la exhibición merecía la pena.

Ella parecía ajena por completo a su proximidad. No le miró una sola vez. Daba la impresión de sentirse atraída por la actuación de Blanca. Todd siguió adelante, persuadido de que se equivocó con la pelirroja. Era pura casualidad.

Salió del establecimiento de Kramer. La pelirroja no esperó mucho más, apenas un par de segundos. Se incorporó, dejando una moneda de medio dólar sobre el sucio mantel. No esperó la vuelta. Ni había probado el café.

Salió tras de Todd Martin.

CAPÍTULO II

OFERTA

Caía la tarde. Había sido una buena, apacible siesta.

Nunca se había sentido mejor. Todd se incorporó del montón de cajas y de fardos, estirándose perezosamente. Bostezó. El calor del día estaba cediendo paso, al ocultarse el sol, a una noche cálida pero de una tibia brisa, con olor a mar y a vegetación tropical.

Sobre su cabeza, miríadas de estrellas salpicaban un azul que iba tornándose cobalto. La noche austral era maravillosa. Pero Todd había dejado de maravillarse hacía ya muchos años.

Se encaminó hacia la población, dejando atrás los muelles y embarcaderos frente al Mar de las Molucas. Caminaba sin prisas, como siempre. Él nunca tenía prisa, quizás porque le faltaba la razón para ello. Contaba con un dólar treinta en el bolsillo. Una fortuna para él. Se sentía casi feliz.

Había automóviles a su derecha, aparcados frente al Club Náutico. Un lugar en el que él jamás podría entrar. Reservado para socios. Y el ser socio, estaba reservado para millonarios. Demasiadas reservas.

En una terraza, extendida en la amplia acera, sentábanse socios de ambos sexos, apaciblemente entregados a la charla o a consumir el aperitivo de la tarde. Los coches aparcados en hilera, eran modelos costosos y confortables.

Todd no les envidiaba, no veía razón para hacerlo, ya que aquello no le hubiera hecho particularmente feliz. Pasó frente al Club sin fijarse en los que lo ocupaban. Empezaban a encenderse las luces en terrazas, salones y parterres.

Una de las personas sentadas en la terraza le siguió con la mirada al pasar por él. Se puso en pie, y echó a andar en pos de Todd Martin. Éste, ajeno a ello, caminaba por la amplia acera pavimentada, hacia las calles populosas del barrio portuario, su habitual residencia, su mundo limitado y sin horizontes.

El sonido de la sirena de un barco, a sus espaldas, le anunció la salida de una embarcación. Se estremeció. Era el único ruido capaz de provocar en él una extraña sensación de angustia, de desaliento. Cada sirena, cada barco que salía, significaba una oportunidad más que se perdía. Un medio más de volver al mundo de donde llegara, un medio de regresar... que pronto se esfumaba en el azul del mar, dejando tan sólo la vaga, fugaz huella del humo de su chimenea, flotando unos instantes en el aire quieto del trópico...

Al detenerse, percibió algo más que el toque de la sirena de a bordo. También un rápido taconeó sobre la acera, detrás suyo. El taconeó se detuvo casi enseguida. Encogiéndose de hombros, se dijo que estaba volviéndose particularmente minucioso. Siguió adelante. Cuando iba a cruzar, un lujoso automóvil azul y blanco apareció por la alameda de palmeras, hacia el Club Náutico. Se detuvo para dejarle paso.

De nuevo escuchó el taconeó. También de nuevo, se paró en seco al poco de pararse él. Esta vez, giró la cabeza, algo irritado.

Masculló algo entre dientes. Sus ojos se entornaron, inquietos, agudos. Se fijaron en la figura detenida frente a un puesto de periódicos inmediato al Club. Parecía muy interesada mirando las publicaciones expuestas allí.

Era la misma dama pelirroja de otras ocasiones.

Estuvo tentado de acudir hacia ella como una flecha, de abordarla. No lo hizo. En vez de eso, se humedeció los labios, sepultó las manos en los bolsillos de su amplio sucio pantalón de hilo, y siguió adelante resueltamente. Cruzó la alameda, y alcanzó las calles laberínticas, enrevesadas y bulliciosas, del barrio portuario.

Los luminosos rojos, azules y verdes, de los garitos, bares y pensiones dudosas refulgían violentamente en el atardecer. Muchachas nativas y blancas de condición nada respetable, circulaban por las calles, pendientes de algo que no se presentaba.

Pasaba frente al local de Kramer, cuando una voz le llamó:

—¡Eh, Todd!

Se detuvo. Miró hacia la puerta. La cortina de flecos de bambú se había levantado. Blanca estaba allí. Sin *sarong*, pero su ceñido traje rojo era tan revelador o más que aquél. Debajo de la seda escarlata, no debía llevar nada más. El resultado de ello, era electrizante.

—Hola, Blanca —saludó—. ¿Qué haces ahí? Es pronto para actuar, ¿no?

—Esperaba verte, Todd —sonrió ella, melosa.

—¿A mí? —se extrañó él—. Mira, Blanca, posiblemente te equivocas conmigo. Ciertamente hoy he comido. Y he pagado y todo. Pero si esperas que puedo convidarte o darte dinero por un rato de charla, creo que te...

—Me ofendes, Todd —le reprochó ella, serenamente—. Me ofendes de verdad. Nunca te he pedido nada.

—Ya sé, ya sé. Tampoco lo tenía. Incluso recuerdo que me ofreciste dinero, ayuda económica a veces. Y yo no acepté. Vivir de una mujer, es algo que aún no he llegado a experimentar. Uno cae bajo, pero no tanto.

—Ése es tu error. Yo no te ofrecí dinero pensando tal cosa. Simplemente, quería ayudarte. Confiaba que si buscabas trabajo en Weda, podrías ir adelante, vivir decentemente, como mereces...

—Agradezco tus buenas intenciones, Blanca —sonrió Todd, apoyando una mano en su brazo—. Vamos, tornan remos tina copa. Es lo más que puedo ofrecerte.

—No, Todd, deja que yo... —Se detuvo al advertir su expresión. Suspiró—. Está bien, paga tú, si eso te hace feliz.

Entraron en el local de Kramer. Solamente estaba el nativo Sorong en el mostrador. Sonrió a Todd con su alba dentadura, y sirvió dos copas de ron. La de Blanca con soda. Todd pagó.

—A tu salud, Todd Martin —musitó ella, alzando su vaso—. Por un futuro mejor.

—Por ti, Blanca —respondió Todd, chocando su copa con la de ella—. Y porque un día dejes este chamizo y no tengas que sonreír a los clientes de Kramer ni te dejes manosear por ellos...

Ella sonrió tristemente. Bebieron. Luego, impulsivamente, Blanca se inclinó y tapó la boca de Todd con la suya. Fue apenas un momento. El la miró, sorprendido.

—No sé por qué me gustas, Martin —dijo ella—. Es un error fijarse en un hombre como tú...

—El peor que puede cometer una chica —asintió Martin—. Es cierto...

Los bambúes de la puerta tintinearón entre sí. Alguien entró en el local cuando Todd le devolvía el beso a Blanca. Sorong alzó la cabeza, preguntando al nuevo cliente:

—¿Qué desea, señorita?

Martin tuvo un presentimiento. Giró también su rostro hacia la puerta, cortando la caricia a la joven. Se encontró con la persona que había temido.

Rápido, dejó el vaso sobre el mostrador y avanzó como una flecha hacia la mujer del pelo rojo, parada en el umbral, mirándola fijamente.

—Y bien, he empezado a cansarme, señorita —dijo abrupto, cortante—. ¿Qué mil diablos quiere usted de mí? ¿Por qué me sigue? ¿Por qué...?

* * *

Blanca y Sorong se miraron entre sí, perplejos. Luego, volvieron sus ojos a la recién llegada y a Todd.

Ella se mantenía imperturbable. Sus verdes pupilas estudiaban, como sorprendidas, al hombre que la abordaba. Tras un silencio, respondió con voz culta, suave, profunda:

—Está usted equivocado, señor. —Yo no sigo a nadie...

—¡Miente! ¡Me ha seguido esta mañana desde el local del «Francés» hasta aquí, luego ha salido detrás mío, desde el Club Náutico! Y ahora... ¡ahora entra aquí! ¿Qué quiere de mí?

—Su aliento huele a ron, señor. Evidentemente, está usted embriagado. Lamento haberle importunado con mi presencia. Buenas tardes.

Giró sobre sus talones sin más ceremonias. Abandonó el local. Hubo un silencio, roto solamente por el estremecimiento de los flecos de caña. Todd inclinó la cabeza, volvió hacia el mostrador y trató de justificarse ante Blanca y el nativo:

—Me seguía, estoy seguro. No sé por qué, pero me seguía...

—Quizá sea una periodista y busca un reportaje sensacional —

sugirió Blanca.

—Sí, quizá... Lo cierto es que no de «nuestro» mundo. Por eso me inquietó más. Apuró su ron. Sorong, sin decir nada, escanció un poco más y sonrió.

—Ahora, invito yo —dijo—. Beba, Todd. Está usted nervioso...

—Tal vez me vuelvo irritable —rezongó Martin. Se pasó una mano por el rostro, haciendo chirriar su barba contra la fuerte piel de los dedos—. Tendré que cuidarme.

Se bebió el ron. Miró con una sonrisa tenue a Blanca, palmeó suavemente su mejilla, saludó a Sorong, y se encaminó a la puerta. Ella no se atrevió a detenerle. Todd parecía preocupado. Tal vez sería mejor dejarle solo.

Salíó a la calle Ya había oscurecido totalmente. Las luces de los garitos y locales del barrio, inundaban de espectrales azules, rojos y verdes la calzada empedrada.

Echó a andar parsimoniosamente. El tráfico de automóviles no era allí muy abundante, salvo aquellos que se encaminaban a los muelles o al Club Náutico, y que elegían el camino más recto por aquella zona, para no rodear los tinglados y embarcaderos del muelle sur.

Un automóvil, sin embargo, hizo sonar su claxon cerca de él, abriéndose paso entre los numerosos transeúntes, pero avanzando lentamente junto al bordillo. Ya cerca de Todd Martin, repitió el bocinazo. Luego, le alcanzó, se situó a su nivel.

Frenó con un chirrido, y una voz inexpresiva llamó:

—Su nombre es Todd Martin, ¿verdad?

Paró en seco. Le pareció conocida la voz. Mucho más conocida fue la faz que asomó por la portezuela del coche verde y gris parado junto a él. Y su roja melena, golpeando los hombros desnudos.

—¡Usted otra vez! —Silabeó, furioso—. ¿Y va a negarme que no viene tras de mí, que no me está siguiendo?

—Ahora no voy a negar nada. Pero me lo preguntó en público. Tuve que negar —se inclinó hacia él, asomando por la portezuela. El descote se ahondó, y hasta un indiferente como Martin, contuvo el aliento—. Es cierto. Le sigo. Esperaba que me abordase antes.

¿Logré ponerle nervioso?

—Un poco —la miró de hito en hito, algo hostil—. ¿Y bien? ¿Qué busca?

—A usted.

—¿Por qué a mí?

—Aquí no podemos hablar. Es una cuestión bastante larga de referir. ¿Sabe?

—¿A su coche?

—¿Por qué no?

—¿No teme que le manche el tapizado?

—Es plástico lavable —rió ella—. Tiene remedio. Además, no va tan sucio.

—Mire, señorita, no me gusta nada todo esto. Me pregunto por qué una mujer de su clase anda tras de un tipo como yo. La respuesta nunca es clara. Ni satisfactoria.

—¿Lo ve? No pierda el tiempo preguntándose el por qué. Acompañeme. Iremos a un sitio donde podamos hablar y nadie nos moleste.

—¿Qué saldré ganando yo con eso?

—Puede ganar mucho —sonrió ella—. Miles de dólares tal vez, puede rechazarlo... y no habrá perdido nada, excepto unos minutos de charla.

—¿Miles de dólares... yo? ¿Bromea?

—Soy una mujer de negocios, señor Martin —cortó ella glacialmente—. No bromeo cuando trato de negocios. ¿Está dispuesto a venir o no?

Todd no vaciló mucho. No temía a una mujer, ni esperaba razón alguna para sufrir una encerrona. Le quitarían un dólar por todo quitar. La idea era grotesca. Solamente las pulseras de oro y el coche de aquella pelirroja estupenda, valdrían cincuenta o sesenta mil dólares.

—Está bien —rezongó—. Vamos allá, señorita.

—Suba al asiento de atrás —informó secamente—. Es mejor que no nos vean juntos.

Todd lo hizo así. Se acomodó en el asiento posterior, preguntándose adónde le conduciría la extraña y bella mujer. El automóvil arrancó, avanzando entre el tráfico denso de la zona, en busca de lugares más céntricos y menos poblados, en la parte alta de la ciudad.

—¿Qué ve usted de particular en esa fotografía, señor Martin?

Todd no respondió enseguida. Estaba examinando, atentamente, al hombre fotografiado. Era una buena fotografía, para pasaporte, clara y nítida. En ella, aparecía un hombre de cabello oscuro, ondulado, con un traje blanco impecable, corbata de lazo, gafas de cristal oscuro, fino bigotito recortado sobre los labios firmes y carnosos.

Estudió todas sus características faciales. Se preguntó dónde había visto antes a aquel hombre. O a alguien que se parecía mucho a él. No acertó con ello.

—No sé —declaró, encogiéndose de hombros al devolverla—. Si usted me lo puede decir...

—Se lo diré. Ante todo, sepa una cosa: ese hombre de la fotografía es mi marido.

—¿Su marido? —Todd mostró cierta sorpresa Sin soltar la cartulina, estudió a la mujer sentada en el brazo del largo, pesado sofá tapizado en rojo. Sus piernas cruzadas dejaban poco margen a la imaginación. Sostenía un vaso alto, de coctel, en una mano. El hielo tintineaba dentro—. No sabía que fuera usted casada...

—Lo soy —sonrió ella—. Pero no tema. No voy a mezclarle en una aventura galante.

—Demostraría un pésimo gusto al hacerlo —silabeó Todd, contemplándose reflejado en la superficie pulimentada de un alto mueble-bar—. No soy un Casanova, ciertamente...

—Tal vez con esas ropas y ese descuido, resulta horrible su aspecto. Pero si se aseara, si vistiese dignamente, podría parecer un hombre muy diferente. Estoy segura de que, dejándose el bigote y aplicándose unas gafas oscuras... se parecería extraordinariamente a mi esposo.

Todd alzó la cabeza. Algo tintineó en su mente. Se miró con rapidez en un espejo mural. Entonces comprendió a quién le recordaba el hombre de la fotografía: a sí mismo. Ella tenía razón. Unas alteraciones, aumentarían ese notable parecido.

—Espere un momento. ¿Ese parecido es la razón de mi presencia aquí? —indagó.

—Es posible —rió ella entre dientes, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua—. Muy posible, señor Martin... Le voy a referir algo. Supongamos que mi esposo fuera un hombre de

posición y prestigio. Que tuviera negocios importantes en un lugar lejos de las Molucas. Ponga usted Hawai, California... el sitio que quiera. Y que tuviese necesidad apremiante de ponerse al frente de esos negocios para afrontar una crisis que puede derivar en su ruina económica o en un poderío mayor. Pero que le es totalmente imposible abandonar la Isla Halmahera con destino a territorio de los Estados Unidos.

—¿Por qué había de serle imposible? Un hombre con fortuna y medios en Norteamérica, no puede tener problemas con Inmigración... Además, ¿de dónde es su esposo?

—Recuerde que estamos poniendo simples ejemplos —observó ella con cautela—. Entornó los ojos, cruzando más cómodamente sus piernas. Parecía imposible que la falda pudiera subir más, pero lo hizo. —Mi marido es ciudadano francés. Nacido en Saigón, Indochina, Pero eso no cuenta. Podría entrar libremente en los Estados Unidos, porque dispone de medios económicos y no está reclamado por la Ley, ni ha sido encarcelado jamás o sometido a expediente legal.

—Entonces, no lo comprendo.

—Hay una razón por la que las autoridades de Inmigración pueden negar la entrada en el país a un hombre: la salud. Supongamos que mi esposo ha sufrido unas fiebres incurables, un paludismo crónico, del que nunca se curó por completo, que le inhabilita clínicamente para entrar en los Estados Unidos, a no ser que una nueva revisión médica, al objeto de embarcar, le dé por totalmente sano, y apto para ser admitido. El certificado médico correspondiente, obtendrá el asentimiento de las autoridades sanitarias americanas, y todo se habrá resuelto.

—Pero su marido no está curado.

—No, no lo está. El médico que revisa en Weda, es precisamente norteamericano. El doctor Kendrick no conoce personalmente a mi marido. Ni las restantes autoridades sanitarias. Dentro de cinco días, sale de Weda un barco hacia el Este: el «Ruta de Java».

—¿«Ruta de Java»? —Todd frunció el ceño—. Es un barco mixto, un buque de carga y pasaje...

—Eso es. Por ello mismo, más fácil de utilizar que un transatlántico, en un caso así. Su destino es el de mi esposo. Su capitán y tripulación no conocen a mi marido tampoco. Recuerde

que es un hombre importante, y es preciso que tratemos con gente que apenas le conozca, si queremos *que otra persona se haga pasar por él, en el examen médico, para ser admitida su entrada en el país.*

—¿Y ahí es donde entro yo?

—Ahí es donde entra usted —asintió ella serenamente. Se incorporó. Avanzó hacia Todd. La tela *beige*, se adhería como una segunda piel a su cuerpo—. Usted puede suplantar a mi marido. Puede pasar la revisión médica como si fuera él. Puede ser admitida su entrada en los Estados Unidos, con la documentación de mi esposo y con su propia salud. Las autoridades sanitarias y de Inmigración no le conocen tampoco a usted. Y nadie le conocería si cambiara su aspecto, imitando el de mi marido.

—Eso es un fraude.

—Claro que lo es. Pero inocente. No es delito, puesto que nada malo vamos a hacer con ello, sino permitir que mi marido embarque con su certificado médico. Y usted ganará con ello dos mil dólares. Más de lo que ganaría nunca en esta isla olvidada de Dios...

—¿Dos mil dólares? —Todd chasqueó la lengua—. Mire señora. Yo no soy escrupuloso ni puritano. Los que vivimos como vivo yo, hemos dejado muchas de esas cosas atrás hace bastante tiempo. No le voy a reprochar lo que planea, ni a sentirme moralista, velando por el índice de sanidad del pueblo americano, al cual tengo el dudoso honor de pertenecer. Pero si hago algo así, que a pesar de todo, es delictivo, no será por dos mil cochinos dólares.

—¡Para usted es una fortuna! —Se irritó ella, dando un taconazo en el suelo.

—Y para usted, una limosna. Que puede reportarle miles y miles. O puede arruinarles, si su esposo no va urgentemente allá. Que es caso urgente, lo demuestra su falta de rodeos...

—Entonces... ¿qué pide?

—No pido nada. Ofrezca usted. Yo prefiero seguirme arrastrando por aquí, a cobrar una miseria por algo que vale más.

—¿Tres mil?

—Bueno, señora. Le agradezco el viaje en coche. Y el cóctel —apuró un alto vaso que dejara sobre la repisa de un hogar decorativo—. Era excelente todo. Buenas noches...

—¡Espere! —La voz de ella era fría como un látigo—. ¿Cinco

mil? Es mi última palabra. No daré ni cinco más.

—Diez mil. No aceptaré ni un centavo menos —sonrió Todd, glacial—. Piénselo. No le costará encontrarme. Tiene usted especialidad en ello...

Llegó a la puerta. Iba a salir, cuando ella estalló, furiosa, apretando con coraje los labios, entre frase y frase:

—¡No se vaya!... Está bien. Usted gana, Martin. Serán diez mil. Abusa de nuestra urgencia. Necesitamos esta salida cuanto antes. Cobrará diez mil. Cinco mil ahora. Y cinco mil después de obtener el certificado y subir a bordo.

—¿A bordo? —La voz de Todd sonó tensa—. ¿Qué quiere decir eso?

—Es natural que habrá de subir *usted* a bordo como si fuera mi esposo, con sus documentos y su propio certificado médico. Luego, durante el viaje, se hará el cambio. El llegará a bordo de cierto modo que yo sé. Usted saldrá entonces. Y él será el que llegue a los Estados Unidos, conforme tenemos previsto. ¿Le conviene el trato o va a pedir más?

—No. Un trato es un trato. Ignoraba que había que viajar. Pero diez mil «pavos» merecen la pena. De acuerdo, señora...

—Florián —sepultó la mano en su descote. Extrajo un sobre que hizo sonreír a Todd Martin. Lo abrió y contó su contenido. Había cincuenta billetes de cien. Se lo tendió—. Tenga. No alardee de este dinero. Lo tenía dispuesto por si había de pagarle cinco mil. Nunca pensé tener que darle cinco mil más en otro plazo. Sabe usted cotizar su colaboración, Martin.

—Claro. Ocasiones así, surgen pocas. Diez mil dólares, pueden significar un nuevo principio para mí. Mi oportunidad, señora. ¿Más recomendaciones?

—Sí. No malgaste dinero, porque eso puede hacer que alguien sospeche y le vigilen. Déjese ver poco. Alquile un cuarto en cualquier sitio, y manténgase oculto. Cómprese ropa, aféitese, pero dejando un bigote igual al de mi marido. Yo le entregaré unas gafas tuyas. Copie su indumentaria. Eso bastará. Ni siquiera a esa mujerzuela del garito de Kramer debe decirle nada, aunque parecen tener bastante confianza. Es *estrictamente secreto*... o el juego fracasará. ¿Entendido?

—Entendido, señora. Sobraban sus recomendaciones —le tendió

la mano—. Espero que esto sea el principio de una buena amistad.

Ella no estrechó su mano. Le miró fríamente, casi con repugnancia. Luego, habló:

—Otra cosa: trabajamos juntos, porque es inevitable. Le necesitamos. Usted es quien más se parece a mi marido, en toda la isla. Pero eso es todo. Para mí, usted es un vagabundo, una lacra humana y social, cuyo contacto me repugna. Seguirá siéndolo cuando parezca un ser humano. Eso define perfectamente nuestra relación en privado, ¿no cree?

Todd apretó los labios con ira contenida. Silabeó:

—Desde luego, señora. Lo define todo. No lo olvidaré. Se encaminó a la salida, mientras ella hablaba con su voz fría e inexpresiva:

—Yo iré mañana al Club Náutico. Pase por allí a mediodía. Yo le seguiré hasta donde se aloje. Subiré detrás suyo, y veré el resultado de su labor. Entonces le indicaré el resto de instrucciones...

—Comprendido. Así lo haré, señora.

—Y una cosa más: la última. No viajará solo en el barco. Irá como si marido... *en mi compañía* —sonrió, ante la sorpresa de Todd—. Ocuparemos un camarote, para no despertar sospechas. Pero no admitiré libertades ni torpezas. Ni deberá beber una gota durante el viaje. Mi marido es abstemio. Quiero que la farsa sea perfecta.

—La he entendido —asintió Todd. Y masculló entre dientes—: Lo que me pregunto, es qué va a ocurrir...

CAPÍTULO III

SUPLANTACION

Toma, cerdo. Tu dinero. ¡Todo tu dinero! —Arrojó cinco billetes de cien dólares a la faz petrificada de Hans Van Dine. Luego, escupió a tierra—. Hemos saldado nuestra deuda, maldito rufián. ¿O te debo aún algo más?

—Eh, Martin, espera —avisó Van Dine bruscamente—. ¿De dónde has sacado tanto dinero?

—De nada sucio, no temas. No he robado ni matado a nadie. Un viejo amigo ha querido ayudar a Todd Martin. Ahora tengo dinero para pagar. Para pagar cuanto tomo en todas partes... —Hipó violentamente. Estaba bebido, y lo sabía. Se aferró al mostrador del establecimiento—. Pero no tomaré nada en tu casa. Encontré amigos, gente que creía en mí. Tú no eres de éstos, maldito gusano... ¡Puah! Me das asco...

—¡Alto, Martin! —Van Dine era ágil y musculoso para su gordura. Saltó hacia la salida, interponiéndose en el camino de Todd. Le aferró con energías por las solapas de su vieja chaqueta de hilo—. ¡Es muy bonito venir a pagar, y escupirle insultos a uno, después de que llegué a ofrecerte trabajo, incluso, para verte salir de la miseria! ¡No tienes derecho a eso! ¡Yo tenía ideas, proyectos sobre ti...! ¡Me puedes ser muy útil en un negocio... ganar miles, si quieres! ¡Sólo hace falta que aceptes y...!

—¡Ganar miles! —Todd le miró con ira—. ¿Te crees que no sé la clase de pájaro que eres? ¡Pensabas darme a ganar una sucia veintena de dólares, una fortuna para el cochambroso Todd Martin que tú conocías... y una miseria para ti! ¡Me tenías bien cogido!

¡Hubieras amenazado con ir a la policía a denunciarme por deudas, si no me prestaba a tu juego! Yo sé que hubiera tenido que ceder o ir a prisión, perro cobarde, porque tienes buenas amistades en la isla, gente influyente que te apoya... ¡Me siento feliz de haber huido de tus garras, holandés!

Van Dine tenía la fofa, ancha cara, enrojecida. Aferró con virulencia a Todd, y quiso seguirle reteniendo, con un grito ronco:

—¡Todavía no has vencido, maldito borracho! ¡Escucha, te voy a hacer una oferta ventajosa que puedes...!

—¡Aparta, suéltame! —rugió Todd, al tiempo que disparaba sus dos puños con violencia—. ¡No admito imposiciones! ¡Ni siquiera las admití siendo un paria!

Su doble mazazo al plexo solar y al mentón de Van Dine, fue fulminante. El holandés gritó, estremecido por el dolor. Se dobló, soltando a Martin. Éste le lanzó otro impacto al hígado, seco y contundente. El holandés se dobló, abatiéndose contra una mesa, que destrozó bajo su peso, astillándola ruidosamente. Un camarero acudió, en su defensa. Era Van Neuf. Todd le vio venir. Se volvió a él, enarbolando sus puños. El otro se detuvo. Tedd, despectivo, extrajo un billete de cien. Lo tiró hacia Van Neuf.

—Toma, muchacho —silabeó—. Para pagar esos desperfectos. No quiero que tu amo me busque conflictos. Si lamento no volver por aquí, será por ti. Eres un buen chico. Gracias por todo, Van Neuf. Esto es para ti. Tú propina... por los favores que recibí de ti.

Le lanzó suavemente a las manos una moneda de veinte dólares. Van Neuf la recibió, con sorpresa. Miró a Todd. No se opuso a que saliera del establecimiento. En vez de eso, se inclinó sobre Van Dine, ocultando su complacencia bajo una fingida expresión de inquietud y una hipócrita pregunta:

—Cielos, patrón. ¿Le han hecho mucho daño...?

* * *

—¡Todd! ¿Por qué hace esto?

—Por favor, tómallo. Es dinero bueno. Legal. Y no he robado a nadie ni he hecho daño a persona alguna. Es... un regalo. No soy sentimental. Pero me gusta quedar bien con los que me ofrecieron su amistad. Tú has sido una de ellas.

—Todd, no es sólo amistad. Sabes que me gustas. Que haría cualquier cosa por ti.

—Sí, Blanca, lo sé. Pero también sabes tú cómo soy yo. No tengo aprecio a ninguna chica. Soy incapaz de amar a nadie. Perdí mi sensibilidad. Sin embargo, recuerdo a los amigos. No me pidas más. Es posible que muy pronto me marche para siempre de Weda. Ese día me iré recordando a los pocos que fuisteis mis amigos.

—Ya será algo... —Blanca contempló pensativa los billetes de cien dólares en sus manos. Hasta diez—. Pero Todd, este dinero...

—Te lo ruego: guárdalo. Es tuyo.

—Me intranquiliza un poco... No sé, Todd, pero a veces... el dinero es como el premio del diablo... a algo indigno que hacemos. Si pudiera estar tranquila, saber que no es el precio de algo malo que hiciste...

—Te lo prometo. No he hecho nada malo. Y lo que haga a cambio de ese dinero, no será un crimen. Ni una infamia.

—Hay cosas que son como un crimen o mía infamia —musitó ella—. Y no necesitan necesariamente que la Ley los considere como tal. Pero nuestras conciencias...

—La conciencia del fracasado, es siempre muy ancha. Pero te repito que no sufras.

Guarda ese dinero. Es el precio de un trabajo. Nada más, Blanca...

—Está bien. Lo guardaré —la muchacha dobló el billete. Subió su falda y lo introdujo bajo su media, a la altura del muslo. Luego sonrió, tirando abajo la ropa—. ¿Tranquilo?

—Sí. Eres una buena chica, Blanca. Aunque estés aquí, en este ambiente. Si puedes, lárgate de Weda, del tugurio de Kramer, de todo esto. Ese dinero servirá para empezar...

—Algún día lo haré, Todd. Cuando tú no estés, esto será muy aburrido... muy triste...

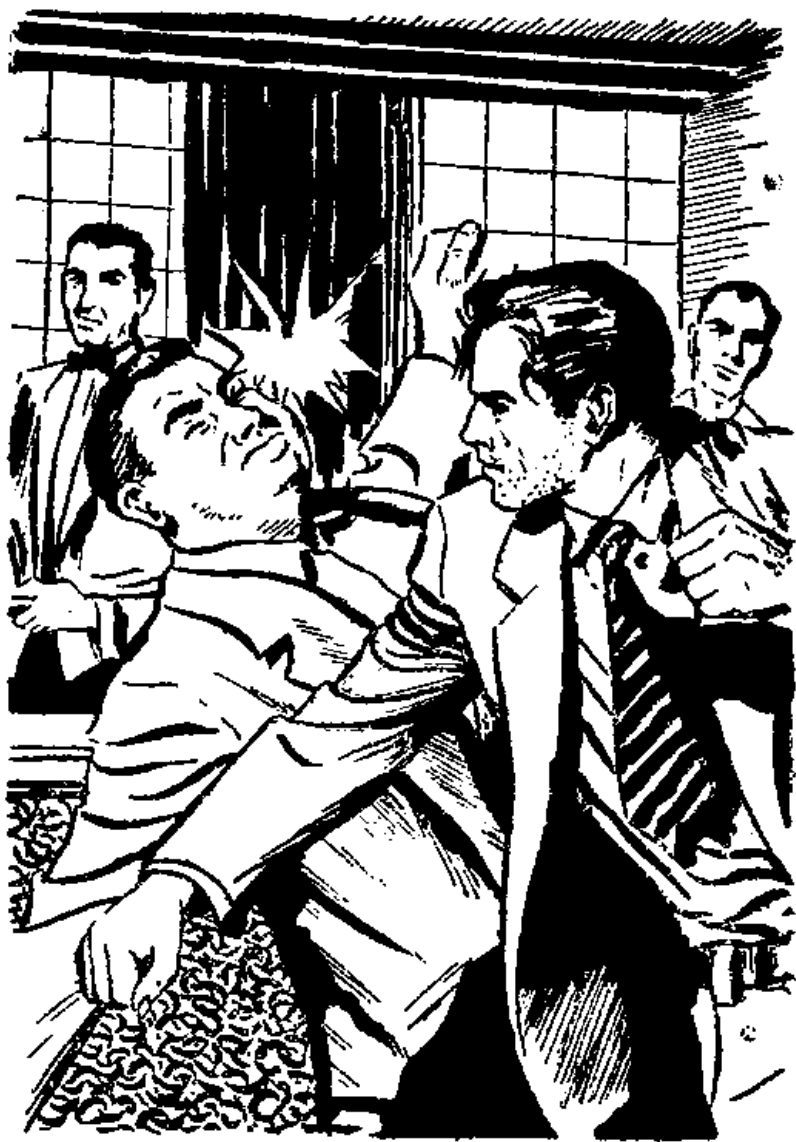
Todd sonrió. Se inclinó y besó sus labios. Ella, aunque su alientoapestaba a ron no le rehuyó. Estaba muy borracho, pero podía advertir cosas así. No se arrepintió de haber dado mil dólares a Blanca. Ella se lo merecía...

—Pareces otro, Martin. Si te veo por la calle, no te conozco...

Todd rió. Luego, tiró un billete al almacenista. El traje era excelente. La camisa blanca, la corbatita de lazo y los impecables zapatos blancos y grises, también.

—Olvidalo —le señaló—. Te compro, porque sé que eres un comerciante discreto.

Envíame luego cinco o seis corbatas más. Todas de lazo. Y un traje de iguales medidas, en color *beige*. Puedes mandar otros zapatos, totalmente blancos. Y camisas. ¿Entendido?



—Claro, Todd. ¿Jugaste a la lotería o apostaste a algún caballo?

—Cobré una herencia de tío Patrick, el que vivía en Canadá. Anda, ve y calla.

El comerciante salió. Todd, se contempló de nuevo en el espejo. Estaba realmente desconocido con aquellas ropas. Pero aún faltaba lo mejor. Se despojó de ellas y se encaminó a la barbería inmediata,

con su astrosa ropa de siempre.

No se afeitó. Solamente un buen corte de cabello. Cuando estuvo listo, regresó a casa. El barbero no entendería que se arreglara el pelo, dejándose aquella barba atroz. Pero una vez en el cuartucho de la fonda cercana al puerto donde se alojaba, procedió a afeitarse, cuidando especialmente de recortar su bigote, con el modelo de la fotografía ante sí.

Al final de la tarea, se lavó y aseó, peinó sus cabellos y les roció de loción fresca y aromática. Vistióse con las ropas recién adquiridas. La imagen que devolvió el espejo recordaba poco la anterior. Apenas nada, en realidad. Se imaginó el efecto de las gafas oscuras ante sus ojos, y se dijo que casi podía engañar a la propia esposa del hombre en cuestión. Si es que aquella dama era capaz de dejarse engañar por alguien.

Había paseado aquel mediodía por el Club Náutico, sin que ella acudiera. Finalmente, regresó a casa. Le pareció que un coche le seguía. No era el de la noche anterior, y por eso dudó. Subió al apartamento. Nadie había acudido. Ella no comparecía, según lo prometido.

Se hizo subir una botella de ron al cuarto. Bebió una generosa dosis. Luego, se acostó en el lecho y durmió una siesta de varias horas. Cuando despertó, la tarde declinaba.

No había venido nadie. Se incorporó, frotándose los ojos. Luego, vio el papel en el suelo. Doblado, no lejos de la rendija inferior de la puerta. Se aproximó y lo recogió.

Eran unas pocas palabras escritas a lápiz, sobre un trozo de papel tela:

«En el *comptoir* le dejo dos juegos de gafas, documentos de mi marido y todo lo demás, incluida una insignia honorífica francesa, a méritos diplomáticos, que deberá prenderse en la solapa, y un bastón de puño de plata que mi esposo lleva siempre consigo. Ya estableceré contacto con usted. Pasado mañana, es la revisión médica. Procure no beber hasta entonces. El alcoholismo también impide la entrada en los Estados Unidos».

No firmaba nadie. Ni hacía falta. La misteriosa dama, de la que ni siquiera sabía aún el nombre, seguía jugando desde la sombra. Era evidente que le siguió o le hizo seguir por alguien aquella mañana, hasta saber dónde se alojaba. Y en vez de acudir personalmente, establecía contacto por misiva.

Descendió, reclamando su envío. Regresó con el paquete a su alcoba. Cerró con llave, lo abrió. Contenía cuanto ella dijera. Una pitillera de plata, con las iniciales P. F. iba también dentro. Y un encendedor de fabricación japonesa, con cachas de negro ónix, y unas siglas idénticas: P. F., en letras de plata.

Abrió el pasaporte. La fotografía era la que ya conocía él. El nombre, Paul Florey. Nacionalidad, francesa. Profesión: ex diplomático en Oriente. El marido de la pelirroja no era un cualquiera precisamente. Pero aquél era un juego sucio, muy sucio.

Comprobó el último certificado sanitario, de tres años atrás. Allí rezaba: «Dolencia tropical, fiebres palúdicas, posiblemente crónicas. Pero factibles de curación, por la naturaleza del enfermo. Dictamen provisional, que no tiene efectos definitivos».

Sonrió. El dictamen provisional, era en realidad definitivo. Y Paul Florey no quería que fuese así. Para eso entraba él en juego. Para eso, una rata de muelle, se había convertido en un semihombre. Faltaba lo demás. Pero el primer paso estaba dado. Gracias a un fraude, a una mentira ilícita. El medio era rastrero, vil. Pero era un medio. Empezaba a sentirse nuevamente el Todd Martin de años atrás. También era cierto que faltaba mucho para ser el de entonces. Pero empezar significaba algo. Horas atrás ese principio le hubiera parecido quimérico, imposible. Ahora, era una realidad.

Guardó documentos, objetos y útiles de Florey. Se prendió en la solapa de su traje nuevo la insignia honorífica francesa. No merecía llevar esa honrada insignia. Pero se preguntó si acaso lo merecía también Florey.

Había dos pares de gafas oscuras. Unas, de cristales azules. Otras, de lentes color caramelo. Se probó ambas. El cristal estaba amañado para producir el efecto de aumento gracias a cierta convexidad. Pero era falso. Veía perfectamente con ellos. Se quedó los de color caramelo. Los azules eran demasiado oscuros. Podían denunciar el engaño a una persona suspicaz.

Se contempló con ellos. Era una imagen bastante aproximada al

auténtico Paul Florey. No engañaría a un amigo o un conocido. Pero sí a quien no le conociera o le hubiera visto dos veces a distancia. Y daba exacta mente el modelo fotográfico del pasaporte, sin lugar a vacilaciones.

Sonrió. El hombre del bigotito, el cabello ondulado y pulcro, el traje claro, impecable, la corbata de lazo, el bastón negro con puño de plata y las gafas color cara meló, parecía otro hombre.

Y acaso, en realidad, *era* otro hombre...

* * *

—Paul Florey, ex diplomático francés... Edad, cuarenta y dos años —recitó, monocorde, el médico—. Padeció fiebres tropicales de especie palúdica...

El segundo médico anotó rápidamente en un certificado. Luego, durante una larga pausa, el doctor Kendrick examinó atentamente al hombre erguido ante él. Temó una muestra de su sangre. La tendió a un enfermero e indicó escuetamente:

—Análisis —volvió a su paciente. Siguió el examen a fondo. En otra mesa, un funcionario de la Legación norteamericana, adherido a Inmigración, tomaba notas también. Su mirada penetrante, aguda, se fijaba en el paciente con atención. El doctor Kendrick prosiguió —: Examen físico, negativo. Saludable en un cien por cien. Será preciso esperar el análisis para saber si curó definitivamente de las fiebres. Pero mi impresión oficiosa, es que el señor Florey se ha fortalecido y ha alcanzado un envidiable nivel de salud física y mental.

—Los cuidados hacen mucho, doctor —dijo el paciente con voz serena—. Estoy seguro de que subiré a bordo.

—Personalmente, yo también —sonrió el doctor—. Tiene usted la salud de un toro.

Pero no podremos decir nada definitivo hasta tener el análisis...

Tuvo que hacer una antesala de casi dos horas, junto a la hierática pelirroja de gafas oscuras, sentada altivamente en la estancia destinada a aguardar el final de la prueba.

Apenas se cruzaron unos monosílabos durante aquel tiempo. Ella parecía estar deseando que terminase todo aquel juego grotesco. El también.

Finalmente, se abrió la ventanilla. Apareció un funcionario con unos documentos en la mano. Llamó:

—Señor Florey. Paul Florey.

Paul acudió vivamente. Recogió sus documentos. El funcionario le sonrió:

—Enhorabuena —dijo—. Su salud es excelente. No todo el mundo soporta así un clima tropical en estas islas. Y menos aún, habiendo padecido fiebres palúdicas...

Todd sonrió, respondiendo algo trivial. Se alejó en dirección a ella, que se había incorporado. Se miraron fijamente, cada uno a través de sus respectivas gafas. El, por toda respuesta, le exhibió el certificado médico, sellado por la Legación norteamericana en Weda: Un rótulo en rojo señalaba claramente:

AUTORIZADA SU ENTRADA EN EL PAIS

Ella respiró, aliviada. Sonrió luego. Fría, estudiadamente.

—Vamos, querido —susurró—. Sabía que estabas curado. Todo ha ido bien...

—Sí. Todo fue bien, querida...

El funcionario del Departamento de Sanidad e Inmigración, no pudo sospechar nada raro en aquel rápido diálogo. Los Florey salieron luego del brazo. Ambos podían entrar en los Estados Unidos, desde el punto de vista médico. Era lo que necesitaban.

Todd Martin había cumplido a la perfección la primera parte de su compromiso.

CAPÍTULO IV

A BORDO

El «Ruta de Java» era un barco de cabotaje feo y poco sugestivo.

Su negro casco, con letras blancas, el óxido que salpicaba su metal, necesitando una urgente mano de pintura que le devolviese lozanía; todo ello, en suma, hacía del «Ruta de Java» una embarcación vieja y nada estética.

Repartida su tarea en una mixtura de carga y pasaje, realizaba una ruta regular Moluca-Hawai-San Francisco, que no siempre era todo lo regular que muchos de sus pasajeros y clientes en la carga hubieran deseado. Como todos los barcos de su especie, no siempre llegaba puntualmente a su destino. Y no siempre cumplían a la perfección su ruta previa. Pero lo importante es que llegaban.

Casi no había amanecido sobre Weda, Isla de Halmahera, cuando hizo sonar por tercera vez su sirena. Iba a levar anclas. Los marineros se dispusieron a levantar la pasarela.

—Esperen unos minutos —señaló el capitán, consultando su reloj—. Faltan dos pasajeros: los Florey. Ocuparán el camarote nueve. No han llegado aún.

—¿Y el camarote diez? —interrogó un oficial—. ¿No ha de ocuparlo el señor Brown?

—Sí, pero no en Weda. El señor Brown subirá en las islas Ajoe. Su camarote está reservado. Esperemos ahora que los señores Florey lleguen a tiempo...

Llegaron a tiempo. Medio minuto más tarde, un automóvil gris y verde se detenía en el muelle. La lividez grisácea, turbia, del amanecer, apenas si permitía siluetear figuras y dibujar

borrosamente los rostros. Un chofer uniformado ayudó a los recién llegados a descargar sus maletas. Luego, una dama pelirroja, ataviada con un sencillo gorro azul, y un hombre vestido de claro, con bastón negro de puño de plata, en cuyas gafas centelleaban las luces borrosas de la cubierta del barco, subieron apresuradamente a bordo.

Los marineros apenas si examinaron sus documentos. El primer oficial y el capitán, comprobaron con rapidez los pasaportes y visados. Asintieron, dando paso a los recién llegados.

En tierra, el coche se alejó, conducido por el chófer, a quien nadie llegó a ver la cara desde el barco.

—Bienvenidos a bordo del «Ruta de Java» —saludó el segundo oficial, devolviendo cortésmente los documentos a sus viajeros—. Por favor, síganme. Les mostraré su camarote.

Asintió Paul Florey con un gruñido, inclinando la cabeza, que se tocaba con un jipi de ligera paja y ala flexible. Tomó a su esposa por el brazo, y se alejó con ella, camino del camarote.

El oficial les abrió la puerta del mismo. Entraron ambos. Se miraron entre sí, mientras un camarero depositaba los equipajes en un rincón. Paul Florey hundió la mano en un bolsillo. Tendió un billete al camarero y sonrió.

—Gracias, amigo —dijo roncamente—. Eso es todo.

Asintió el camarero. El oficial había saludado, marchándose también. Escucharon cómo subía el ancla, con un ruido estrepitoso de metal. El barco dejó de ser algo sólido, firme, apegado a tierra, para convertirse en un cuerpo que flotaba, que oscilaba, con las máquinas en funcionamiento.

Lentamente, ella cerró la puerta. Triunfal, luego, ajustóla con el pestillo, se volvió a su acompañante, y se arrancó el casquete azul, tirándolo con aire victorioso sobre un sofá de la antesala del camarote-dormitorio.

—Lo conseguimos —musitó, con un centelleo jubiloso en sus verdes pupilas—. Muy bien, Martin. Lo logró usted. Lo ha hecho muy bien. Y recuerde esto: será la última vez que le llame Martin. Incluso en privado... será Paul. ¿Entendido?

—Entendido. —Paul, irónicamente, miró al fondo—. Supongo que seré un Paul con ciertas restricciones. ¿Se ha dado cuenta de que solamente es un dormitorio?

—Sí —sostuvo ella fríamente—. Me he dado cuenta. Pero aquí hay un gabinete. Y un sofá. ¿Se ha dado usted cuenta?

—Claro. Por eso dije que sería condicionado. Solamente seré su esposo para los demás, ¿no es eso?

—¿Qué esperaba entonces? —Ella se irguió. Parecía producirle aversión su presencia, su simple proximidad. No disimulaba su repugnancia hacia Todd Martin—. Éste es un simple convenio comercial, Martin. Usted cobrará a bordo de este barco su segunda cantidad por el trabajo hecho. Eso es todo. A cambio de ello, seguirá interpretando el papel de Paul Florey. Hablará y se comportará como él. No beberá una sola gota de licor. Una simple borrachera suya, podría sernos funesta. ¿Cree que recordará todo eso?

—Por supuesto. Me lo sé de memoria —rió Todd, mirándola con sarcasmo—. ¿Podré darle besos y hacerle caricias en público? Se supone que somos un matrimonio enamorado. Y usted es muy joven y bonita para un tipo de cuarenta, y dos años... aunque yo sólo tenga treinta y cinco.

—Supongo que no habrá otro remedio —ella dominó sus náuseas—. Pero procure no abusar. Estrictamente lo indispensable para fingir el papel, recuérdelo. No toleraré más.

—Convenido, «duquesa» —se mofó Todd, haciendo que ella entornara sus ojos, irritada—. El vagabundo borracho y vulgar sigue dándole asco, ¿verdad?

—Cada vez más —confesó ella brutalmente—. Sólo que es preciso seguir adelante. Y seguiremos...

Todd no dijo nada. Se limitó a encogerse de hombros. Ahora sí. Era preciso seguir adelante, para bien o para mal. Estaban a bordo del «Ruta de Java», rumbo a los Estados Unidos.

Sería una travesía larga, lenta y cargada de electricidad. Estaban cometiendo un fraude a la Inmigración americana, la más rígida e inflexible del mundo, él y aquella mujer de cabellos rojos e ideas inquietantes, que era Eva Florey. Una pareja curiosa. Una mujer altiva, dura y astuta, que se creía superior a los demás, por el simple hecho de ser rica y de buena posición social. Un hombre que se creía inferior a todos, porque nada esperaba ya de la vida, y ni siquiera se molestaba en pedírselo. Una extraña pareja de polos positivo y negativo, cuyo choque, en cualquier momento,

provocaría la descarga. Hasta el momento, la aversión de ella al hombre, y la indiferencia de él hacía toda mujer, mantenían lejos el chispazo. Pero la travesía era larga. Y el mundo de un barco como aquél, reducido y tenso.

¿Qué iba a suceder a bordo?

* * *

—No viaja mucha gente en este sucio cascarón —opinó Todd, apartando el café de sí, y encendiendo un largo cigarro. Era uno de los sacrificios que le imponía su papel. A Paul Florey le gustaban los cigarros. A él no—. Solamente un puñado de necios como nosotros. Eva le contempló fría por encima de la mesa. Mientras fingía una sonrisa afectuosa, silabeó con dureza:

—¿Por qué se dedica a tratar siempre hostilmente a los demás? No me gusta su modo de ser...

—Ni a mí el suyo —se inclinó, burlonamente, y añadió en voz alta—: Querida, ya a ser un viaje, maravilloso. Tú y yo, lejos de todo y de todos... en alta mar.

Eva apretó los labios. Pero su voz sonó apacible, dulce:

—Sí, Paul querido. Una auténtica travesía de placar, aunque no sea en un transatlántico... —Se enjugó aparentemente los labios con la servilleta y añadió—: ¡Necio, no pronuncie frases trasnochadas! Paul no es así...

—Entiendo. Un tipo materialista y duro. Como su querida esposa... No volverá a ocurrir. ¿Hablamos de finanzas?

—No hablaremos de nada —ella se incorporó súbitamente. Bostezó. Un bostezo tan falso como todo lo que estaban haciendo ambos—. Mi querido Paul, creo que me caigo de sueño. ¿Nos retiramos ya?

Todd respiró hondo. Eva cenaba en traje de cóctel color magenta. Y a ella le gustaban los descotes. Pero éste superaba todo lo imaginable. Había estado temiendo este instante. Rápido, mascullo entre sus labios y el cigarro:

—Más tarde, querida. Ve tú, si gustas. Yo daré un paseo por cubierta. Luego iré.

Ella no hizo gesto alguno. Solamente murmuró entre dientes, mientras ambos salían, bajo las miradas curiosas de los seis u ocho

comensales que constituían la totalidad del pasaje:

—Una idea inoportuna. A Paul le gusta pasear por cubierta, es cierto. Pero hoy no debió hacerlo. En fin, no hay remedio. Váyase. Vuelva pronto. Y ya sabe... No pase de la antesala. Dejaré mantas en el sofá. Retírelas por la mañana, que nadie sospeche cosa alguna. Ah, una advertencia, señor Martin... Duermo con una pistola conmigo. Por si se le ocurre alguna idea errónea...

Todd Martin se limitó a reír entre dientes y replicar, ya en el pasillo:

—Descuide. No tendrá que utilizarla nunca... al menos contra mí.

* * *

La culpa la tenía su endiablada sed.

Hay cosas que no pueden dejarse bruscamente. La bebida es una de ellas. Si se tiene una voluntad gigantesca, se puede ir perdiendo el vicio poco a poco. Pero de un día para otro.

Eso había hecho que el paseo por cubierta se alargara un poco. Y terminase allí, en el bar de a bordo, que no era como el de un transatlántico, naturalmente, pero que pese al aburrido y somnoliento camarero, disponía de algunas bebidas. El ron no faltaba. Y Todd Martin, alias Paul Florey, estaba bebiendo ron.

Daba gusto beber ron cuando se tenía sed. Había sentido esa endiablada sed al segundo paseo por cubierta, sin la presencia molesta de Eva a su lado. Ahora le estaría esperando tal vez. Bueno. Que esperase. O que fuera a buscarle. En un barquichuelo como el «Ruta de Java», no podía perderse uno.

Soltó una risa que al camarero le pareció estúpida, como le parece siempre al que no sabe de qué se ríe su prójimo. Luego, Todd Martin pidió, agitando su vaso:

—Otro... ron... hijito... —Hipó, conservando cierta serenidad y añadió—: Doble.

—Señor Florey, creo que ha bebido demasiado —bostezó el camarero, incorporándose a duras penas—. ¿Por qué no se va ya a dormir? Su esposa estará impaciente y...

—¡Mi esposa! Estuvo a punto de llamarle imbécil, Pero se contuvo y soltó una risita, —oh, sí, claro... Mi esposa... Pobrecilla.

Es una víctima. Todas las mujeres lo son.

—Es muy joven y muy bonita, si me lo permite, señor —observó el camarero—. No debe dejarla sola...

—Infiernos, claro que no la dejaré sola. Pero dame ese ron. Te prometo... que es el último... por esta noche...

El «barman» aceptó la promesa. Todd apuró el doble ron de un trago escalofriante. Luego, firmó la cuenta y se puso en pie. No le fue fácil. Tenía práctica, pero el barco se movía, y eso le desorientaba un poco. Fue adaptándose, apoyado en la pared. Agitó un brazo con la infantil cordialidad del beodo.

—Buenas noches, amigo —saludó.

—Adiós, señor Florey. ¿Quiere que le acompañe? —se ofreció el joven camarero.

—No, no, hijo. Gracias... gracias por ese favor. ¿Cómo se llama usted?

—Dolan, señor. Fred Dolan. Puede contar conmigo, si me necesita.

—No lo olvidaré —hipó de nuevo—. Pero ahora... sólo necesito una cama...

Se alejó camino de su camarote. Recordaba vagamente que era el número nueve. Se paró ante él, después de varias idas y venidas en falso. Todos los pasillos de los barcos se parecían.

Cuando llegaba ante el nueve, tropezó ligeramente con la pared. Sus zapatos hicieron un ruido metálico, seco y profundo en el silencio que solamente alteraban las máquinas del «Ruta Java».

Una puerta se abrió, a sus espaldas. Una voz preguntó:

—¿Ocurre algo? ¿Se ha hecho daño?

Martin se volvió vivamente. Miró a la persona que había aparecido en la puerta del camarote cinco. Ya antes la había visto en el comedor. Era un pastor protestante, de negra chaqueta, negro suéter y cuello vuelto. Su rostro enjuto, de ojos muy azules, reflejaba una dulzura casi mística. Pero su figura, en cambio, era atlética, firme, pletórica de energías.

—No, no, reverendo... —masculló Todd—. No, gracias. Simplemente... resbalé...

Sonrió. Tal vez sonreía estúpidamente, pero al pastor le bastó, porque contestó a su sonrisa. Luego, desapareció en su camarote, convencido de que no eran necesarios sus servicios.

Muy digno, como siempre que sabía que había perdido toda dignidad, Todd Martin se plantó ante la puerta nueve. Probó el pestillo. Éste cedió. Estaba abierto. Entró.

De momento parpadeó. La antesala estaba a oscuras, y las cortinillas, ante el ojo de buey asomado al corredor, cerradas cuidadosamente. Pero la luz del camarote o dormitorio interior, aparecía encendida, y era fuerte, cruda. Contra ella, se silueteaba una figura en negro, un perfil de mujer exuberante y pletórico de curvas, con el simple velo tenue de un *deshabillé* azul turquesa en nylon.

Todd contuvo el aliento. Una voz fría, la de Eva Florey, le recibió:

—Magnífico principio... «querido esposo»... Mira tus pasos... tu aspecto... ¡Estás borracho!

—Sí, estoy borracho —aceptó Todd Martin, sereno—. ¿Ocurre algo, querida?

Ella avanzó hacia él como una flecha. Flotó su *deshabillé* en torno a su silueta en negro. Se paró a pocos pasos de distancia. Lameaban sus verdes ojos coléricos. Su seno latía desacompasado bajo la tenue ropa azul.

—¡Prohibí esto cuando empezamos! —Se detuvo, mirando en torno. Luego, rectificó con suavidad, elevando el tono—: ¡No debes beber más, Paul! ¿Lo entiendes? ¡No *puedes* beber... o lo nuestro se hundirá!

Todd entendía. Ella estaba fingiendo, tratando de acusarle igual, pero de forma que, si alguien lo escuchaba desde fuera, sacaría una impresión diferente a la real. Pensarían que Eva Florey reprochaba a su marido el hecho de beber.

—Me gusta beber —la desafió Todd rudamente—. No hay mujer capaz de dominarme.

Ni siquiera tú... «querida». ¡Beberé cuanto me entre en gana!

—Muy bien —ella respiró hondo—. En ese caso, será mejor ir al capitán y referirle el engaño. Nos detendrán a los dos. Pero yo saldré bajo fianza, porque tenso dinero. Usted no saldrá. En la cárcel podrá beber lo que quiera. Vamos, iremos a ver al capitán... Tal vez sea mejor terminar a tiempo esta locura.

Se movió hacia la puerta. Su figura, con olor a carne cálida y a perfume, le rozó violentamente, camino de la puerta. El cabello,

rojo como una llama, flotó tras ella.

Todd actuó rápido. Estiró la mano y la aferró por una muñeca. Se la retorció, ella lanzó un gemido, y la arrojó sobre el sofá con violencia. Cayó con las desnudas piernas por alto, ahogando una exclamación de ira y de coraje. Su mano zurda se alzó entonces.

Martin descubrió que no era tan fácil reducir a aquella fiera pelirroja. Su izquierda empuñaba una pequeña, niquelada pistola automática de cachas de nácar, con la que le apuntó directamente.

Todd supo, al ver la expresión de aquellos fieros ojos verdes, que ella iba a disparar. No vacilaría mucho en hacerlo. Era una mujer capaz de todo.

Vio moverse el dedo en el gatillo... Ella jadeó:

—¡Estúpido borracho! ¡Nadie me maltrató jamás! ¡Le mataré...!

CAPÍTULO V

ALTA TENSION

Todd Martin, a pesar del alcohol, no perdía nunca su agilidad muscular y mental.

Tal vez por eso, su puntapié directo, terrible, llegó a tiempo. Y de los dedos de la pelirroja escapó el arma, mientras ella gemía, dolorida, retorciéndose en el sofá con una mezcla de voluptuosidad y angustia.

Todd, sin perder tiempo, se abalanzó sobre ella, dominándola furiosamente. Sus cuerpos chocaron con violencia, como dos fuerzas opuestas. La firme, prieta figura de la mujer, reducida por los ímpetus de él, se encogió. Implacable, Todd abofeteó con furia a su falsa esposa, haciendo restallar la mano sobre las mejillas.

—¡Canalla! ¡Cobardes, rufián, borracho maldito...! —Silabeó furiosamente ella, luchando en vano por eludir el ataque furioso del hombre—. ¡Suélteme! ¡Suélteme!

Todd Martin no se dejó influenciar por esos gritos ronc, estremecidos de coraje y de orgullo humillado. Incluso sonrió dura, brutalmente, mientras oprimía bajo su peso el cuerpo de la mujer, y replicó, tajante:

—Espero que ésta sea la última vez en que comete una estupidez así. No admito imposiciones, y menos aún por la violencia. He aceptado este trabajo, a pesar de que no es nada limpio ni claro. Pero de eso a ser un esclavo en manos de una caprichosa tiránica, hay un abismo.

—¡Usted interpreta un papel! —gimió ella rabiosamente, conteniendo los sollozos—. ¡Debe obedecer! ¡Ha de actuar como

actuaría mi auténtico marido, o todo se irá a pique!

—Yo hago lo que quiero. Mi papel se limita a fingir llamarme Paul Florián, y a que todos crean que somos un matrimonio amante y perfecto. No puedo cambiar de la noche a la mañana, sólo porque tenga que hacer un determinado trabajo. ¿Entendido, pequeña? He pasado la revisión médica, he engañado a las autoridades, y ahora un hombre enfermo, tiene autorización legal para entrar en los Estados Unidos. Eso justifica por sí solo el dinero que me gano. Pero hay más. Hago la travesía bajo su nombre, sin saber por qué. He de soportar la proximidad de una mujer joven y hermosa, recordando siempre que es la esposa de otro hombre. ¿Todavía debo aguantar más pruebas? ¿He de dejar de beber? ¿He de mantenerme como un muñeco inanimado ante todas las tentaciones humanas?

—El hombre fuerte es el que sabe soportar *todas* las tentaciones.

—¿Y quién ha dicho que yo sea un hombre fuerte? —rió, insultante, echándose atrás y soltándola—. No me tengo por un virtuoso, ni quiero serlo en absoluto. De modo que, si le gusta, seré el señor Florián hasta el día que el auténtico me sustituya. Pero seguiré siendo el que soy. No me importa lo demás, ¿entiende? Absolutamente nada. Paul Florián es desconocido de la gente de a bordo. Puedo ser yo. Puede ser un beodo como yo soy. Nadie se extrañará, después de todo.

—No me interesa que se fijen en usted, ni siquiera que entablen relación con usted —observó ella glacialmente—. Mi marido ha de subir a bordo en una determinada escala de la travesía. Y no quiero que nadie advierta la diferencia entre usted y él. Mientras se mantenga al margen de familiaridades y le traten de lejos, no descubrirán el cambio.

Pero si se hace notar, todo se hundirá, ¿comprende?

Todd Martin la miró fijamente, luchando contra las nieblas alcohólicas que enturbiaban su mente. En vez de replicar con aspereza, inclinó el rostro, se peinó los cabellos y masculló:

—Está bien. Intentaré hacerlo así. Pero acuérdesse da algo, señora Florián: no ha contratado a un ser lleno de virtudes. Soy borracho, torpe y falto de escrúpulos. Si alguna vez fui una persona de bien, lo he olvidado ya. Creo que eso lo puntualiza todo.

—Sabía todo eso cuando le alquilé —dijo ella con sequedad—. No hubiera recurrido a un moralista para mentir, fingir y falsear la

ley. Pero tampoco quiero excesos. ¿Está bien entendido eso?

—Sí —suspiró Todd—. Está bien entendido. Entienda usted también lo que yo digo.

Procuraré controlarme en lo sucesivo. Pero no puedo prometer nada. Me gusta beber.

—¿Por qué le gusta? —Ella se estaba ordenando el revuelto *deshabillé* de nylon. Se incorporó lentamente. Su seno potente, latía agitado—. ¿Qué placer puede hallar en el licor?

—¿Quién sabe eso? —Todd se encogió de hombros—. Uno bebe, y desea beber más. Acaso entonces, todo lo feo de la vida, que es mucho, se olvida. El pasado se borra. Y todo es mejor.

—¿Usted desea olvidar su pasado? —preguntó ella suavemente.

—Sí. Casi lo he olvidado, en realidad. Todo lo malo, si se desea, se puede olvidar.

—¿Qué había de malo en su pasado?

—No sé. Ya le he dicho que lo olvidé —sonrió amargamente—. Pero, como en el pasado de todos los hombres que se han visto reducidos a una ruina humana... había una mujer.

—¿Hermosa?

—Mucho.

—¿Le hizo daño?

—Hace tiempo de eso —sonrió Todd Martin—. Vale más no recordarlo.

Se encaminó al sofá, quitándose la americana de hilo blanco. Hacía mucho calor. Tenía la piel empapada de transpiración. Se dejó caer en el asiento. Bostezó.

—Está bien, duerma —dijo con voz fría, irguiéndose. Su figura, a contraluz, resultaba inquietante—. Hasta mañana... querido.

—Adiós, encanto —el tono de Todd Martin fue burlón—. Espero que, como buena esposa, sueñes conmigo...

Ella sonrió, sin comentar nada. Se alejó hacia el iluminado dormitorio. Antes de cerrar la puerta de comunicación, se detuvo, volvióse a él, bañada en la suave luz, y musitó:

—¿Vas a devolverme mi pistola, querido?

Todd clavó los ojos en la pequeña automática con cachas de nácar, caída en tierra. La recogió, sopesándola. Era un arma ligera de calibre 25. Pero a corta distancia, podía ser mortífera. Suspiró, metiéndola resueltamente en un bolsillo.

—No —declaró—. La conservaré yo... por si acaso.

—Está bien —sonrió Eva Florián, mordiéndose el carnoso labio inferior—. Espero que sepas guardar bien a tu amante esposa, querido Paul... ¿O debo sentirme en peligro, si recuerdas que tina mujer en el pasado te causó un daño?

—No temas. No soy vengativo —dijo Todd roncamente—. Tampoco soy de los que culpan a todos, de lo que sólo es responsable una sola persona.

—Menos mal —suspiró Eva—. Dormiré tranquila, sabiendo que un hombre me protege.

Cerró tras de sí. Todd se quedó solo en la antesala. Los efectos del alcohol casi habían desaparecido, en el violento choque con la dama. Sin querer, recordó a la, hermosa pelirroja, mientras se tendía en el sofá.

Era un recuerdo inquietante. La convivencia al lado de aquella mujer, iba a ser algo erizado de peligros. Eva Florián era demasiado sugestiva, demasiado tentadora, para cualquier hombre. Incluso para un escéptico como Todd Martin.

En la noche, el «Ruta de Java» avanzaba a través del Mar de las Molucas, hacia el Océano Pacífico.

Dentro, un hombre y una mujer, extraños entre sí convivían como un fingido matrimonio. La atmósfera, inevitablemente, se iba cargando de electricidad. Todd Martin, antes de dormirse, se preguntó qué sucedería si en esa alta tensión llegaba a provocarse un cortocircuito...

Las consecuencias de tal riesgo, resultaban imprevisibles.

* * *

—Las islas ya van quedando atrás —suspiró el reverendo Danbury, acodado sobre la borda—. La de Ajoe la rebasamos esta mañana, vea el Pacífico, señor. Ya lo tenemos ahí... Todd, inclinado sobre la borda, asintió con un gruñido. No comentó nada más. No quería amistades. Aunque el reverendo se quedaba en las Islas Palau, jornadas más tarde, y quizá no llegaría a ver al auténtico Paul Florián cuando éste supliera a su «sosias», era mejor evitar riesgos. La señora Florián lo había advertido así. El mismo comprendía que así tenía que ser, o todo se echaría a rodar. Y no

sólo los Florián irían a prisión por el fraude. El también sería acusado de complicidad en el intento de engaño a las leyes inmigratorias norteamericanas, tan rígidas e inflexibles en ese terreno.

El reverendo hizo algunos otros comentarios, mientras encendía su pipa, con la mirada perdida en la distancia azul y límpida. Pero ante el mutismo hostil de Todd, terminó por desalentarse y, con un encogimiento de hombros, se alejó hacia los camarotes del barco.

A mitad de camino, lo pensó mejor. Se desvió hacia el bar. Tenía sed. Él siempre tenía sed. Cuando entró, descubrió a Eva. Estaba apoyada en la barra. Sostenía un alto vaso de licor con soda y hielo. Frente a ella, un hombre alto, bronceado y de ojos muy azules, con el cabello de un rubio intenso, le ofrecía cigarrillos de una pitillera de plata. Ella tomó uno, con un gesto de complacencia. El rubio individuo sonrió y prendió un encendedor de oro. Hablaron algo.

—Hola, querida —saludó bruscamente Todd, haciendo dar un leve respingo a Eva—. ¿Combatiendo el calor tropical?

Ella asintió. Le miró con ojos entornados y burlones. Todd pidió un doble ron, fingiendo no advertir la curvatura irritada de los labios de la joven. Luego, estudió al joven erguido junto al mostrador. Contempló el vaso de manta con hielo, soda y una rodaja de limón flotando en el verde, frío licor. Luego, alzó los ojos, clavándolos en el hombre.

—¿Nos conocemos tal vez? —indagó curiosamente, gentilmente—. No tengo el placer de conocerle. Y a su esposa, la he conocido de un modo puramente casual, hace apenas unos momentos. ¿Desea tomar algo?

—No, gracias. Ya lo he pedido. Y no me gusta que me inviten...

El brusco tono de Todd desconcertó ligeramente al hombre, que parpadeó. Rápida, intervino Eva con tono de reproche:

—Oh, querido, no seas tan poco sociable. Recuerda que has sido diplomático.

—Pero ya no lo soy, encanto —replicó él, muy frío, mirándola de soslayo.

—Bien... Pero el señor Blake, aquí presente, es amigo íntimo del embajador McDugall.

Ya sabes, Frank McDugall, tu colega de Oriente Medio en el año 1954, querido.

Al tiempo de hablar, sus ojos le dirigían un desesperado mensaje mudo. Todd entendió. Aquel tipo de guapo rostro y cabellos dorados, no le conocía directamente. Pero sí conocía a un amigo directo del verdadero Florián. No debía dar un paso en falso, o todo se echaría a rodar.

Ante la tensión de Eva, que aguardaba su respuesta con el alma en un hilo, tomó el doble ron, miró de hito en hito al tal Blake, y finalmente declaró:

—Eso cambia las cosas, Blake. El que es amigo de McDugall, lo es mío —le tendió la diestra, abierta y amistosa—. Encantado de conocerle, Blake. Espero —que no tome a mal mi hostilidad inicial, pero no me agradan mucho las amistades de los barcos.

—Oh, le comprendo muy bien —sonrió Blake, estrechándole la mano—. En realidad, soy igual que usted. Pero cuando oí que a su esposa la llamaban señora Florey, imaginé que sería la esposa de Paul Florey, el diplomático residente en las Molucas, y me interesé abiertamente por ustedes. Tal vez cometí una equivocación, pero he oído hablar tanto de los aciertos de Florey en la diplomacia internacional, que deseé fervientemente llegar a conocerle.

—Pues entonces, su impresión de mí no habrá sido muy buena —rió Todd—. Quizá me sirva de excusa que ya no practico la diplomacia, y los años de hipocresía me han dejado un carácter un poco agrio.

Blake rió también de buena gana. Entre tanto, Todd pensaba que aquél era el principio de una amistad peligrosa. Blake, si se unía mucho a ellos, podía más tarde encontrar al auténtico Florey en los Estados Unidos, y embrollarlo todo.

Pero el tal Blake demostró ser digno de seguir también la carrera diplomática. Observó que su presencia no era del gusto del supuesto Florey, y a partir de aquel momento, no se aproximó a ellos, limitándose a saludarles cordialmente a distancia.

—Evidentemente, en esta ocasión ha estado a la altura deseada —suspiró Eva, una vez en el camarote—. Solamente tomó un doble ron. Y aunque empezó groseramente, luego supo arreglarlo. Creo que va progresando por momentos...

—Es muy amable. —Todd la miró de reojo, burlón—. ¿Quién es ese tal Blake?

—Ha sido corresponsal de Prensa en diversos lugares del

extranjero, y al parecer también funcionario de diversas comisiones económicas y culturales del Gobierno norteamericano —explicó ella, encogiéndose de hombros—. Por eso cedí y admití su charla. Podría haber sido peligroso demostrar demasiada hostilidad. En usted está más justificada, y me alegro de que haya sabido portarse bien.

—Sus elogios me abruman —masculló Todd Martin con sarcasmo—. Pero procure no seguir flirteando o alternando por ahí con jóvenes pasajeros.

—¿Eh? —Ella giró la cabeza, sorprendida. Sus enormes pupilas verdes se clavaron en Todd—. ¿Por qué dice eso?

—¿Y aún lo pregunta? —Martin soltó una breve, sarcástica carcajada—. Recuerde...

Ahora soy su querido.

Paul... su espeso. ¿Qué marido no se sentiría celoso de una mujer tan joven, tan bonita... tan deliciosamente turbadora?

Hablaba con la mirada fija en ella. Eva Florey enrojeció de súbito. Rehuyó la mirada de Todd, y se limitó a exclamar, con voz ronca, evasiva:

—Oh, no sea necio... Recuerde que está solamente interpretando un papel. Será mejor... para los dos.

* * *

Todd Martin se contempló en el doble espejo del armario de su camarote. Parecía realmente un diplomático. La figura decaída y rota de los muelles isleños, era otra ahora, bajo el *smoking* blanco para la cena.

Se dijo si no extrañaría a mucha gente que Paul Florey, un diplomático, viajara en un barco de cabotaje, y no en un transatlántico. Había tantas cosas extrañas en aquel viaje...

La puerta del baño se abrió, apareciendo Eva envuelta en una amplia bata roja. Todd la contempló de soslayo. Estaba bellísima, con una hermosura física absorbente.

Se despojó de la bata, sin preocuparse de su presencia. Todd desvió la mirada. Salió de la estancia, encendiendo lentamente un cigarrillo. Dejó a Eva vistiéndose para la cena.

—Sé que es usted un caballero en el fondo —sonó la voz irónica

de ella, a sus espaldas— por eso me desvestí.

—¿Un caballero? Hace unos días, era una rata de los muelles, un ser despreciable y nauseabundo para usted...

—Sigue siendo despreciable pana mí. Como todo hombre que se deja dominar por sus propias debilidades. Pero existe algo bueno en su interior. No es un rufián. Solamente un hombre fracasado, hundido en su propia miseria, en su apatía ante la vida. Espero que ahora, si tiene cerebro, sabrá salir de su ruina moral y material. Ésta puede ser su oportunidad...

—Sí, puede serlo —asintió Todd, cerca de la puerta, sin volverse. Oía el crujido de la seda, al vestirse Eva. Era mejor no girar la cabeza—. Pero usted parte de una base falsa, Eva.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Cree que yo me regeneraré porque disponga de unos miles en el bolsillo.

—¿Y no es una razón contundente?

—Para mí, no. Tener dinero, significará no pasar miserias. Pero nada, más. Quizá vuelva a pasarlas. Porque volveré a beber, volveré a ir de sitio en sitio, llenando mi cuerpo de alcohol. Y el hombre que sigue mi camino, regresa a la basura, al estiércol en el que se revuelca y es feliz...

—¿No hay nada capaz de hacerle huir de ese estiércol, de regenerar su vida, haciéndole olvidar el alcohol?

—No lo ha habido hasta ahora. No sé si alguna vez lo encontraré. El día que acepte trabajar en algo honrado y desprecie un trago... ese día volveré a ser el mismo Todd Martin que fui una vez. Sólo necesito esa voluntad, sólo esa decisión suprema... que nunca llegará.

—¿Por qué?

—Porque soy feliz así, ya se lo dije. Si un día pensara que alguien merece la pena, que hay una mujer capaz de volverme a la vida... tomaría la decisión. Pero he dejado de creer en ello. No tengo fe... Y sin fe, no hay vida, no hay esperanzas...

Ella no comentó nada. Percibió su respiración lenta, profunda. Abrió la puerta, salió al pasillo, diciendo en voz alta:

—No tardes, querida. Te espero en cubierta. Hace... calor aquí... No me sorprendería que prontouviéramos temporal. Cuando en el trópico el calor es tan húmedo e, intenso... presagia tormenta...

Cerró tras de sí. Casi tropezó con un camarero de a bordo que, cruzando ante él, se encaminó al camarote situado frente al suyo. Golpeó con los nudillos en la puerta, Una voz profunda le invitó:

—Adelante.

El camarero llevaba una bandeja con alimentos. Entró, cerrando tras de sí. Todd no llegó a ver a nadie. El camarote estaba en penumbra. Miró el número de la puerta. Era el 10. Recordaba que estaba desocupado al empezar el viaje. El mismo día de tocar puerto en Ajoe, no había nadie allí. Tal vez entonces subió el pasajero. Pero no recordaba haberle visto.

Subió la escalerilla, hasta la cubierta. Fumaba pensativamente. Al poco, oyó un taconeo tras él. Se volvió. No era Eva todavía. Se trataba del camarero, le miró. Y al pasar junto a él, le sujetó por un brazo, preguntando:

—¿Está ocupado el camarote número 10?

—Sí, señor —manifestó, sorprendido, el camarero.

—No lo sabía —sonrió Todd—. Como vecino, me gusta conocer a los pasajeros que llevo más cerca. No he visto a sus ocupantes aún...

—Posiblemente no llegue a verlo —sonrió el camarero—. Es un caballero solo. Está enfermo. Inválido o algo así. Se le sirve en el camarote.

—¿Siempre?

—Siempre, señor. Creo que no puede valerse apenas por sí solo.

—¿Lleva servidumbre entonces?

—Sí, señor. Una doncella entrada en años —refirió—. No subirán a cenar. Ahora les he servido en el camarote. A él y a la doncella. Ninguno sale apenas.

Todd le dio las gracias. No preguntó más. Después de todo, el suyo era un interés secundario. Fumó lentamente, esperando cosa de un par de minutos. Luego, sonó otro taconeo. Se volvió en redondo.

Ahora sí era Eva. Todd se quedó sin aliento. El traje de noche, sin hombreras, apenas sujetándose a su seno, era de un verde violento, que contrastaba con su tez bronceada por el sol tropical, y con su melena roja, haciendo juego con sus pupilas verdes, centelleantes.

Ella le sonrió, desde el final de la escalera. Preguntó, insinuante:

—¿Te gusto, querido Paul? Todd, respondió con voz grave:

—Si no fueras ya la señora Florey, creo que te pediría en matrimonio, encanto. Eres una mujer maravillosa...

Eva no logró saber si Todd hablaba en serio o bromeaba. Pero cuando la tomó por el brazo, su mano era firme, oprimía con fuerza su piel... y temblaba ligeramente.

CAPÍTULO VI

SORPRESAS

Señores, creo que harán bien en retirarse a dormir a una hora prudencial.

Después de decir esas palabras, el capitán Smundsen sonrió, como restándoles importancia. Agudamente, preguntó el reverendo Danbury desde su mesa:

—¿Por qué, capitán? ¿Va a ocurrir algo esta noche?

—No, exactamente —se apresuró a declarar el capitán, alzando una mano en demanda de calma—. Pero conozco bien los mares del Sur, y sé lo que puede esperarse de ellos, después de dos días de calma como los que llevamos, y una noche húmeda y pegajosa como ésta. Además, los informes radiados de otros barcos, y desde un puesto de las islas Sonsorol, situadas al noroeste de nuestra ruta, no son tranquilizadores.

—¿Un tifón? —preguntó alguien con voz serena.

Smundsen se volvió hacia el que hablara. También otros varios, en el comedor de a bordo. El capitán estudió largamente a Todd Martin y meneó afirmativo la cabeza.

—Exactamente, señor Florey —declaró—. Usted conoce bien estas latitudes. Un tifón. Trataremos por todos los medios de eludirlo, pero me temo que nuestro barco no pueda desarrollar la velocidad necesaria para ello, ni quizá los datos que nos sean suministrados por radio sean tan exactos como para fijar nuestra ruta con absoluta seguridad. Danzaremos un poco esta noche, e incluso en la madrugada, que es cuando tal vez nos alcance el tifón, si no atinamos a eludirlo.

—¿Se correrá peligro? —interrogó, sin temblarle la voz, el joven Blake, desde la mesa que compartía con la señora Harlan, una solterona viajera, de nacionalidad alemana.

—El peligro siempre se corre en un tifón, señora Harlan. Pero no se inquieten demasiado. El «Ruta de Java» es viejo y feo, pero ha soportado muy bien cosas peores. El tifón, por los datos, no es de los más intensos, después de todo. Pero el adoptar precauciones y no cometer imprudencias, debe ser norma nuestra mientras exista el riesgo. Así, los problemas serán menores. ¿Me han comprendido todos ustedes?

—Creemos que sí —era Eva Florey la que hablaba—. Su recomendación es que permanezcamos en los camarotes hasta el nuevo día, y que no nos alarmemos por posibles zarandeos.

—Señora Florey, usted ha expresado exactamente mis deseos —sonrió Smundsen—. Eso es cuanto ustedes deben hacer. Ahora, señores, buenas noches, y muchas gracias. Vayan a dormir confiados. No ocurrirá nada.

Se disgregó la reunión de sobremesa. El reverendo Danbury comentó en voz alta, dirigiéndose a Blake:

—También es mala fortuna. Casi en vísperas de llegar a las islas Palau, que son la mitad de camino hasta Hawai, tiene que ocurrirnos esto, a bordo de éste viejo y feo cascarón... Que Dios nos acompañe en estas horas, es lo que hace falta.

Todd Martin y Eva se encontraron, camino de los camarotes, por la cubierta del buque mixto. El «Ruta de Java», en la noche, parecía un bosque de mástiles, grúas y cables, meciéndose sobre unas aguas oscuras y tersas, de engañosa calma.

Todd aspiró con fuerza el aire nocturno. Luego, hizo un comentario:

—Puede olerse el tifón. No tardará mucho en llegar...

Eva le miró, sin dejar de caminar a su lado. Las estrellas temblaron en sus pupilas, calmosas y profundas como el propio mar tropical.

—Sabes mucho de estos lugares, Paul querido —musitó, irónica—. Me asombran tus pronósticos, tus observaciones...

—He visto otros momento así —manifestó Todd, encogiéndose de hombros—. Siempre llegó después el tifón, el maremoto o la borrasca. Pero de todo se sale.

—¿Y... si no se sale? —Se estremeció ella.

—Entonces, tanto nos da —sonrió Todd lúgubrementemente—. Tampoco nos enteramos ya. Siguieron adelante. De repente, Todd se detuvo ante las escalerillas. Eva le contempló, intrigada.

—¿Qué ocurre ahora, Paul? —inquirió.

—Me olvidaba. Si el tifón nos despierta, no creo que el bar lo abran para servirme ron a mí. Voy a por un frasco.

—Paul... ¿otra vez? —Los ojos de ella brillaron, enfurecidos.

—Mi querida Eva, tú misma me pedirás algo que te entone, si las cosas van como yo creo... —rió Todd burlonamente—. ¿Vienes conmigo? Estaremos en un momento. Es sólo encargar un frasco de ron y...

—Ve tú solo —se irritó ella, alejándose hacia la escalerilla airadamente—. No tengo ganas de pisar el bar a cada momento. Eso queda para los tipos como tú...

Desapareció, taconeando rápida por la escalera descendente. Todd sonrió, encogiéndose de hombros, y se encaminó hacia el bar, a través de la oscura cubierta.

* * *

Eva avanzó por el pasillo de camarotes hacia el número 9, con un taconeo rápido, enérgico. Extrajo la llave de su bolso de noche, cuajado de nácar y falsas esmeraldas, haciendo juego con su esplendorosa *soirée* verde.

Se detuvo frente a su camarote. Todavía le duraba la irritación del último choque con Todd. Temía la llegada del tifón. Y ya podía suponer que, durante el mismo nada podría esperar de Martin, que se embriagaría como una cuba.

Adelantó la mano para introducir la llave en la cerradura. De súbito, a sus espaldas chirrió una puerta. Una mano enérgica se cerró repentinamente sobre su brazo.

Antes de que pudiera reaccionar o revolverse, ni siquiera gritar, otra mano cayó sobre su boca, amordazándola. Tiraron de ella con tal violencia, que la introdujeron a viva fuerza en otro camarote. Luego, la puerta de ésta se cerró.

La soltaron. Tambaleante, cayó contra la pared, clavando sus ojos, muy abiertos, en la persona que la había secuestrado con tal

precisión y eficacia. Iba a gritar, pero el grito se quebró en su garganta. Dilató los ojos.

Y de sus labios, brotó solamente una exclamación ronca:

—¡Cielos, Paul! ¡Tú...!

Paul Florián asintió, con una fría sonrisa, hundiendo sus poderosas manos, las mismas que habían aferrado brazo y boca de la pelirroja, en los bolsillos de su amplia americana de hilo *beige*.

—Sí, querida, yo mismo... En persona, y antes de lo que suponías... —rió entre dientes. Paul Florián tenía una risa fría, chirriante. Avanzó hacia una silla de inválido, situada al fondo del camarote. Junto a ella, una mujer de traje oscuro, gafas y cabellos oscuros, salpicado de canas y peinado hacia atrás, que dejaba su rostro pálido y sin maquillar casi al desnudo, parecía esperar a que se sentase. Se volvió a ella, indicándole—: Por favor, señorita Arden, puede salir. Ya ve que sé desenvolverme. No diga a nadie que la señora Florián está aquí, ¿comprende?

—Sí, señor —miró con ojos inexpresivos a Eva, y salió en silencio del camarote, cerrando tras de sí.

Eva contempló a su marido con aire perplejo, indagó, recelosa:

—Paul, ¿qué juego te traes entre manos? ¿No sospechará esa mujer...?

—¿Quién, la señorita Marcia Arden? —Florián rió de buena gana—. Oh, no. Es muy inteligente como enfermera y cuidadora. Pero nada más. Cree realmente que yo estoy enfermo. Me cuida, pero está segura de que padezco un poco de histerismo, que me creo más enfermo de lo que estoy. Tiene gracia, ¿verdad? Todo el mundo admite las enfermedades fingidas de Paul Florey. No me negarás que soy un tipo ingenioso, querida.

—Por favor, Paul, deja ahora eso. ¿Qué es lo que buscas, variando los planes que teníamos dispuestos?

Florián contempló a su esposa. Endureció repentinamente el gesto, y replicó, con voz glacial:

—Eso es lo que yo te pregunto, Eva. ¿Qué ocurre a bordo? ¿Por qué todavía no has llevado a cabo lo que teníamos planeado tan cuidadosamente? ¿A qué esperas PARA MATAR A ESE HOMBRE QUE VIAJA CONTIGO?

Eva echó una ojeada al corredor por la rendija de la puerta. No vio a nadie. Todd Martin estaría arriba aún. Eso era de imaginar fácilmente.

—Estará emborrachándose —dijo, al volverse hacia su marido y cerrar la puerta—. Es un maldito alcoholizado, le detesto.

—Pero no le has matado aún —repitió glacialmente Paul Florey.

—¡Oh, Paul! No es fácil encontrar la oportunidad precisa, el momento oportuno —gimió ella, revolviéndose con expresión de ira—. ¡Matar a un hombre, no es cosa sencilla!

—Para una mujer hermosa, siempre es fácil arrastrar a un hombre a la muerte —rió Paul Florián—. Tú eres hermosa. Y no creo que te detengas ante la desaparición de un paria, de un ser como ese Todd Martin, que puede representarnos una fortuna.

—No es eso, Paul. No me gusta convertirme en una asesina. Pero por medio millón de dólares haré lo que sea, ya te lo dije en Weda, cuando hablamos de todo esto.

—Acabáis de regresar de la cena. La cubierta está oscura. No era difícil descargar un golpe a ese hombre y lanzarle luego por la borda. Cuando lo advirtiesen sería tarde. No darían con el cuerpo. Y cuando apareciera, estaría lo bastante corrompido para no ser identificado, salvo por el personal de a bordo y por ti misma, que diríais era Paul Florián.

—Sí, sí, lo sé... —ella se retorció las manos—. Pero no fue una ocasión oportuna. El me miraba, aún no tiene demasiada confianza en mí... Y me pareció que alguien nos seguía.

Posiblemente algún otro pasajero andaba por cubierta. O un marinero.

—Creo que mientes, Eva. O te falta valor, o te gusta ese hombre, y no quieres hacerle daño —acusó glacialmente el auténtico Paul Florián, el fingido inválido del camarote número 10.

—¡Paul! —Se revolvió ella, airada—. ¡No me gusta en absoluto ese hombre! ¡Sabes lo que pienso de los que son débiles, de los que no saben enfrentarse valientemente a la vida, a las más duras pruebas...!

—Pues bien, mi querida Eva... No seas tú débil. ¡MATA!

—Matar... —Ella inclinó la cabeza. Su roja melena le cubrió, materialmente, todo el rostro—. Matar es una prueba terrible, Paul. Tú eres hombre, eres despiadado, no tienes contemplaciones, en

política o en la vida...

—Demuestra que tú eres todo lo despiadada que siempre aseguraste ser —rió entre dientes Paul Florián, acariciándose lentamente el fino bigote, tan igual al que lucía Todd Martin, mientras sus ojos centelleaban tras las gafas, que ahora no eran de la misma forma de las de Todd, para no revelar el parecido a nadie —. Por dinero has sido siempre capaz de todo, Eva. Has mentido y engañado. Cuando te mostré esta póliza de seguro de vida, por la que mi existencia se valora en medio millón de dólares, con accidentes de viaje incluidos en sus cláusulas, tú aseguraste que tendrías valor para arrastrar a una muerte cierta a quien ocupara mi puesto. Eso lo resolvía todo. Pero llegaste a más. Prometiste que si las circunstancias no se aliaban en tu favor y te concedían la esperada oportunidad, tú misma la provocarías. En suma... ¡tú matarías al hombre que viajase como Paul Florián a bordo de este barco!

—Y lo iba a hacer —aseguró roncamente Eva—. Sólo que ha faltado ocasión.

—Y ha faltado valor.

—Es posible, Paul. No voy a negarte esa posibilidad. Soy humana. Y mujer. Yo también tengo mis momentos de flaqueza, después de todo. Espero superarlos.

—Tendrás que darte prisa —aseguró Paul Florián lentamente, entornando sus ojillos malévolos—. Ese Martin debe morir. *¡Cuanto antes*, Eva! Ahora se aproxima un tifón, he sido informado por el capitán. Ese tifón será el mejor pretexto, la ocasión mejor. Si no sabes hacerlo tú sola... yo lo haré. ¿Entendido?

—Sí, Paul... Entendido —ella irguió su hermosa faz, altivamente. Apretó los carnosos labios con energía—. Lo haré. Ese tifón, marcará el destino de Todd Martin.

Recuperó su bolso de noche. Se encaminó a la puerta. Ya junto a ella, Paul se aproximó a ella y besó su cuello intensamente. La faz de Eva Florián no se alteró.

—Suerte, querida —deseó con voz firme.

—Espero tenerla... por el bien de los dos —susurró Eva a flor de labio.

Abrió lentamente. La señorita Arden aguardaba en el corredor. Al salir ella, le sonrió.

Luego, sin decir nada, entró en el camarote del supuesto inválido.

Cerróse la puerta del camarote número 10. Eva respiró, aliviada, aunque su corazón latía con intensidad. Había salido justamente a tiempo. De la escalerilla metálica, descendente, llegaba rumor de ligeros pasos.

Abrió la puerta del propio camarote con rapidez. Solamente tuvo tiempo de tirar su echarpe de seda sobre un mueble, y quitarse los zapatos arrojándolos lejos de sí a puntapiés, antes de que Todd Martin entrara, con una petaca de ron en su mano.

—Querida, ya tenemos «medicina» para el miedo o el mareo —rió—, tirando el frasco plano sobre el sofá.

Sus ojos brillaban de un modo que evidenciaba que la demora de regresar, no era precisamente debida al encargo simple de la botella. Traía entre pecho y espalda otra ración especial de lo mismo. Soltó una carcajada, y añadió con cierta sequedad. ¿Sabes una cosa? El cielo se está nublando en la distancia... y sopla un aire que no me gusta nada. Creo que el tifón está mucho más cerca de lo que el capitán Smundsen preveía.

Eva no respondió. Se limitó a inclinar la cabera. Se miró sus manos. Temblaban ligeramente.

Quizá por vez primera en su vida, tenía miedo. Mucho miedo.

* * *

Paul Florián, el auténtico Paul Florián que se hacía pasar por el viajero inválido «señor Brown», tomó un sorbo de café. Luego, levantó los ojos hasta fijarlos en la señorita Arden.

—Tiene gracia —dijo con voz segura—. Ese tonto, convencido de que el verdadero Paul Florián no pueda viajar por tener fiebres... Jamás sufrí fiebre alguna en toda mi vida.

La enfermera le contemplaba sin comentar nada. Sonreía bajo el centelleo de sus gafas de gruesa montura. Paul Florián prosiguió:

—Va a ser divertido el juego, cuando yo enseñe mis cartas. Lástima que mi bella esposa no va a divertirse absolutamente nada...

La señorita Arden sonrió. Estaba haciendo algo realmente asombroso. Algo que hubiera llenado de estupor a Eva Florián, de

haberla podido ver.

Se arrancaba sus gafas, revelando unos bellos ojos grises, duros y expresivos, nada defectuosos para precisar gafas. Y se quitaba el cabello liso, levemente cano, para mostrar una melena rubia, recogida en una red de nylon prietamente ceñida a su cabeza.

Luego, desabotonó su bata larga, gris y sobria, mostrando un cuerpo escultural y magnífico, ceñido por un traje de seda que era como una segunda piel adherida a sus curvas suaves y cimbreantes.

—¿Y cuándo va a ser, querido? —preguntó suavemente, con untuosa sensualidad, al auténtico Florián.

El marido de Eva rió malignamente entre dientes al responder, acariciándola con su mirada de víbora:

—Pronto, cariño, muy pronto... En breve nos desharemos de mi querida Eva, y podremos ser felices tú y yo, casamos e ir muy lejos, a una nueva vida... Mi esposa no sabe que todo este juego está destinado precisamente, no a matar a un «doble» mío, truco que ninguna Compañía de Seguros admitiría fácilmente... SINO A MATARLA A ELLA PARA SER LIBRES TU Y YO...

CAPÍTULO VII

EL TIFON

El bandazo fue muy violento. Más que el anterior.

Eva gimió entre dientes, cubriéndose el rostro con las manos. Estaba tendida en su litera. Frente a ella, Todd Martin, con el frasco de ron en su mano, tomó otro trago y la contempló burlonamente.

—No sé si es el ron o el tifón lo que me hace bailar de un lado a otro —rió Todd—. ¿También lo nota usted?

—Cielos, claro que sí —susurró Eva, estremecida de angustia. Miró hacia la mesa, donde danzaba alocadamente un libro, de extremo a extremo de su superficie. Se tapó los ojos de nuevo—. Oh, esto sigue... Creo que estamos entrando en el mismo centro del tifón.

—Yo también tengo esa sospecha —confesó Todd, pensativo. Miró su frasco al trasluz—. Y ya está casi vacío el frasco. Diablos, debería ir a por más... pero posiblemente no me pueda atender nadie... En fin, para mí tendré suficiente...

Otro trago pasó por su garganta, llevando algo de calor y de indiferencia, a su organismo, frente al embate del tifón. Fuera, el mar rugía, golpeando rabiosamente los flancos del «Ruta de Java», que bailoteaba como un cascarón de nuez en medio del océano.

La luz tenía oscilaciones a cada embate, y tal vez en uno de ellos, el grupo de a bordo sufriera un revés decisivo y todo se quedara a oscuras. La idea no era tranquilizadora, porque aumentaría el pánico a bordo. Y ya era bastante el que había en esos momentos.

El nuevo bandazo de las olas hizo brincar inverosímilmente al

«Ruta de Java». Todd rodó por el suelo del camarote, como un pelele, y Eva chilló, ocultándose bajo las sábanas, en la litera. La luz permaneció un par de segundos apagada. Por fortuna, volvió a lucir al final de ese plazo.

—Oh. Martin, por favor... —musitó Eva roncamente—. ¿Puede darme... un poco de ron? Creo que acabaré con los nervios destrozados, si no los tonifico con algo fuerte.

—Claro. Ya le avisé antes de lo necesarias que son estas cosas en un temporal así. —Todd miró con pena los dos últimos dedos de licor, en el fondo del frasco. Se lo tendió a Eva—. Beba, criatura. Y procure dormir luego.

Eva bebió. Y a conciencia. Todd arrugó el ceño, desalentado al ver el frasco que le devolvía. No quedaba una sola gota en él. Suspiró, volviendo a cerrarlo. Eva, le sonrió, más animada.

—Gracias, Martin —susurró—. Ese ron anima a cualquiera...

Los bandazos seguían. Ahora algo más leves. Todd sabía que pronto volverían con toda su intensidad. Volvió a mirar a su frasco-petaca.

—Sí, a cualquiera —asintió—. Lo malo es que ya no queda nada...

—Si le pudiera dar más... —sonrió Eva— pero todos estarán bien encerrados en el interior del barco.

—A pesar de todo, podría obtener más —la miró fijamente—. ¿De veras me autoriza a que busque más ron?

—Hay ocasiones en que una no puede negarse, pero con este temporal, no sería prudente salir del camarote...

—¡Bah! Todd Martin no tiene que morir. Está escrito en mi Destino que no hay tifón capaz de acabar conmigo. No tema, «querida esposa». Vuelvo enseguida.

Se encaminó a la puerta, dando trompicones a causa de los violentos bandazos, pero conservando siempre el equilibrio. Salió del camarote, cerró tras de sí...

Eva apenas sí tardó un par de segundos en saltar de la cama y alejar de sí su aparente terror por el tifón. Tomó su bata, echándosela encima, anudó el cinturón y luego se inclinó, tomando el bastón de puño de plata que dejara Todd en un rincón.

Con el bastón del falso Paul Florey, Eva salió del camarote, manteniendo precariamente su equilibrio, aferrándose a las paredes

para no caer...

Avanzó por el corredor. Comenzó a subir la escalerilla. Una tromba de agua entró de súbito, barriendo los escalones. Eva reculó ante su impacto, rodó escaleras abajo, empapada, chorreando sus rojos cabellos. Perdió el bastón, que se alejó, rebotando de escalón en escalón.

Le costó trabajo recobrarlo y volver a subir, aferrándose con todas sus energías a la barandilla. Ello le privó de caer nuevamente atrás, cuando un nuevo alud de agua espumeante, rugió, arrollándolo todo a su paso hasta el corredor de los camarotes.

Audazmente, esgrimiendo el bastón, con la muerte en sus ojos, y como movida por un siniestro designio, Eva Florián avanzó por la cubierta que barría el oleaje brutal, escalofriante, el tifón tropical, hacia cuyo centro se movían, pese a la desesperada pugna de la frágil nave por eludir el desastre.

Abajo, en el camarote 10, un hombre cerró la puerta entreabierta. Se enjugó el sudor y volvióse hacia la mujer que le acompañaba.

—Ya ha subido tras él —dijo roncamente—. Es cuestión de momentos que lo haga. Ella parpadeó. Estaba ligeramente pálida.

—¿Y qué resolverás con eso, Paul? —indagó, ronca la voz—. Nunca he visto demasiado claro tu juego. Es... excesivamente tortuoso para mí.

—La vida de Todd Martin no me importa en absoluto. Si él advierte que es agredido y logra defenderse, ella puede morir. Eso lo resolverá todo. Pero posiblemente se salga con la suya y acabe con ese hombre. Entonces, denunciará que he sido yo la víctima. Paul Florey será dado oficialmente por muerto.

—¿Y después? Tú mismo dices que la compañía de seguros no se dejará engañar...

—Claro que no. Apelarán a otros recursos de identificación más concretos. Pero eso carecerá de importancia. Porque después de lo que ella haga, seré yo quien descargue mi golpe. Morirá Eva. Si el fraude se descubre, revelaré que ella quiso jugarme una mala pasada. ¡Y seré yo quien cobre su propio seguro de vida, un seguro que hicimos hace varios años, y que ella ni siquiera recuerda... pero que yo he cuidado de pagar puntualmente, sin que ella lo supiera, para que nunca quedase anulado! Es más, Eva cree que ese viejo

seguro dejó de tener validez. Yo no la he disuadido de ello, como es lógico, querida...

Su cómplice femenino, rió alegremente.

—Es un plan complicado pero genial, Paul —manifestó—. Eso nos asegura nuestra felicidad... y la fortuna. Podrás casarte conmigo... y podrás ofrecerme una vida fácil, querido. Todo saldrá bien. Y en ese caso, el seguro habrá de ser pagado... porque ella *si será* la auténtica víctima del supuesto accidente.

—Eso es, cariño. —Paul Florián acarició sus cabellos con expresión torva—. Es un juego ingenioso... que ella ni siquiera puede sospechar.

Ambos cómplices se miraron, con expresión de triunfo en sus ojos. Era un doble y torvo juego el del maligno Paul Florián. Primero, al sentenciar en apariencia a un «doble» para suplirle en un falso accidente, juego al que Eva, su ambiciosa mujer, se entregaba confiadamente, sin advertir que el verdadero objetivo de su marido, era matarla *a ella*. Fría y despiadadamente, también con el fin de cobrar una fortuna... pero de otro seguro de vida que ella había olvidado al parecer. Y que iba a costarle la existencia.

Entre tanto, arriba, en cubierta, una vida ajena a los Florián, la de Todd Martin, el vagabundo de las islas Molucas que aceptara suplir a un supuesto enfermo de fiebres que en realidad había gozado de buena salud, corría gravísimo peligro.

Eva Florián, aprovechando el instante propicio de aquel terrible tifón, iba a terminar con él.

El crimen, se cernía sobre el «Ruta de Java», perdido en la vorágine del tifón tropical. Y estaba a punto de abatirse sobre él, en súbito y perverso impacto...

* * *

Todd Martin se echó atrás cuando el agua azotó su rostro violenta, brutalmente. Cegado por un diluvio de agua pulverizada y de espuma, se aferró a la pared de metal, para evitar que le arrastrase la oleada furiosa que rugía sobre la cubierta en sombras del «Ruta de Java».

Se alegró de haber guardado en su bolsillo el frasco-petaca recién repleto de ron. Nadie había en el bar. Pero él se bastó para

llenarlo y dejar su importe en el mostrador. Ahora, regresaba junto a Eva, confiando en que el temporal no le llevara consigo a las tenebrosas profundidades del océano convulso, más allá de las bordas, barridas por oleadas de agua y espuma.

Aferrándose a palos, muros y barandillas, o simples asideros del suelo de la cubierta, Todd se movió por en medio de aquel infierno de agua, tinieblas y ruido ensordecedor, llegando a la proximidad de la escalerilla que descendía hacia los camarotes.

Una nueva ola gigantesca se estrelló por babor, con estruendo escalofriante. El barco pegó un bandazo violentísimo. En el mismo instante, a espaldas de Todd se alzó una mano, aferrando un bastón rematado en una bola de plata, pesada y contundente...

El tifón engañó esta vez, con su siniestra volubilidad, a la persona que intentaba golpear en la nuca a Todd Martin, para después lanzar su cuerpo inerte por la borda...

Porque una segunda oleada de agua, más fuerte y brusca que la anterior, hizo oscilar con violencia al buque.

La mano soltó el bastón, que rodó por cubierta. Luego, el agua envolvió a la figura emboscada en la sombra. Sin poderlo evitar, un grito agudo, escapó de su garganta, a medida que, arrastrada por las aguas, rodaban hacia la borda...

Todd Martin se paró en seco, giró la cabeza al oír el grito... El bastón negro pasó por entre sus piernas sin que él lo advirtiese, escapó hacia la oscuridad, que lo engulló.

Todd descubrió solamente la figura humana, arrastrada por el mar, a punto de saltar ya la borda, en el alud de agua, mucho más alto que la borda misma. Con una interjección violenta, lanzóse hacia el lugar del suceso, suicidamente.

Podía encontrar fácilmente la muerte en el intento. Pero no era capaz de dejar que el océano engullera a un ser vivo, que ahora luchaba, feroz pero inútilmente, contra la fuerza satánica de las aguas enfurecidas.

Como una centella, llegó a la borda, casi rodando sobre cubierta. Ya el cuerpo saltaba. Reconoció fugazmente la roja melena suelta, el cuerpo empapado, inerme, la bata abierta, flotando como un pelele a merced de las aguas. Iba a saltar ya el leve obstáculo, iba a ser engullido... ¡y era Eva Florián, su falsa esposa!

Brincó rabiosamente, estiró un brazo, mientras otra mano se

aferraba a la borda con una crispación desesperada en los dedos nervudos. El brazo estirado alcanzó a Eva en el instante supremo, la sujetó con furiosa energía por los cabellos...

El impacto de las aguas contra ellos, hizo angustioso el momento. Todd sentía que la mano resbalaba sobre la borda, que de un momento a otro podía seguir a Eva, y ambos desaparecer en el tifón.

Pero logró mantenerse firme, no soltar a Eva, a quien atrajo hacia sí con fuerza, aprovechando los momentos en que el bandazo venía de la otra parte, y equilibraba la lucha desesperada contra los elementos.

Su pugna no había pasado desapercibida para los marineros, que acudían ya apresuradamente, en socorro de los viajeros. La titánica lucha terminó cuando, providencialmente, entre varios tripulantes del «Ruta de Java», sujetaron a Eva y a él mismo, apartándoles del lugar de máximo peligro.

Momentos después, una ola gigante barrió la cubierta en aquel punto. Pero ya no estaban ellos, para ser arrastrados por el mar. Se habían salvado providencialmente.

Todd, sacudió su cabeza, aturdido. Se secó el rostro, apartando el agua de sus ojos.

Miró a los que le rodeaban.

—Gracias, amigos —masculló entre dientes—. Creo que les debo la vida... ¿Y la... y mi esposa?

—No tema, señor Florey —informó un oficial de a bordo—. La han bajado al camarote. El primer oficial es médico, y la atenderá. Debió de recibir algún golpe en la borda, con su cabeza. Estaba inconsciente. Pero no hay peligro... Ustedes dos se han salvado de una buena. ¿Cómo se les ocurrió salir a cubierta?

—No sé... —Todd se pasó una mano por los cabellos. Chorreaban agua—. Yo fui a por ron... Lo malo es que he roto el frasco lleno... Sin embargo, no comprendo cómo ha podido ella salir a cubierta, sabiendo el peligro que corría. Debió preocuparse por mí, y fue en mi busca... Decididamente, fue una locura. Una auténtica locura... que pudo costarnos la vida a ambos.

El oficial asintió. Lentamente, Todd desechó todas las atenciones de la tripulación, por hallarse en perfectas condiciones, y regresó al camarote, por el camino, se preguntaba qué pudo mover a Eva

Flore y a seguirle con aquel peligro de muerte en cubierta.

Que ella temiera por su vida, era absurdo. No era su esposo real, ni siquiera había simpatía alguna entre ellos. Luego entonces... ¿por qué Eva se arriesgó?

Todd no encontraba respuesta a esa pregunta. Cuando llegó al camarote, el primer oficial terminaba de atender a Eva, tendida en su litera. El oficial se volvió, mirando a Todd con fijeza.

—¿Cómo está? —preguntó Todd, realmente interesado por ella.

—Ha recibido un fuerte golpe. Será preciso tenerla sometida a tratamiento, señor Florián —informó el oficial—. Es posible que tarde en volver en sí. Tiene una herida en la nuca, y otra en la frente, producida, sin duda por golpes contra la borda. Pero pensando en lo que pudo suceder, apenas si tiene importancia.

Todd meneó afirmativamente la cabeza. Se acercó a la litera. Estaba hermosa Eva. Su cabello mojado se adhería a sus mejillas. Lo apartó suavemente. Contempló su boca apretada, sus cerrados ojos, la tersura de su faz, perlada de gotas de agua.

—Es muy bella —susurró, sin que el oficial llegara a oírle—. Tal vez demasiado... para pensar que jamás podré aspirar a ella...

Se apartó de Eva. Sabía que aquello era un error. El peor error de toda una vida plagada de ellos. Pero no podía evitarlo. Se había enamorado de la bella pelirroja que era, para todo el mundo, su esposa. Y que, sin embargo, se hallaba tan lejos de su alcance...

* * *

—Ha fracasado —dijo lentamente Paul Florián—. Se salvaron los dos. Al parecer, ese hombre tuvo que librar de la muerte a Eva.

—Ha sido una lástima, ¿no crees? Era una gran oportunidad de haberlo ganado todo... sin el menor riesgo para nosotros.

Paul Florián asintió despacio. Una sorda ira se reflejaba en su rostro contraído. Estrujó sus manos, pensativamente. Luego, manifestó:

—Bien. Es posible que esto altere mucho las cosas... —Miró hacia el techo. Ya no se movían los muros, la luz no oscilaba y apenas si sentían los bandazos—. Estamos saliendo del radio de acción del tifón. Eso quiere decir que dentro de dos días llegaremos a las Islas Palau.

—¿Y bien? —inquirió ella.

—Todavía hay un elemento que puede resolverlo todo.

—Si matas tú a tu mujer... pueden descubrir que es un crimen, sospechar de ti... y no sólo perderemos la fortuna, sino que posiblemente yo te perdería para siempre.

—Descuida, encanto. Vamos a hacer algo seguro, positivo... Algo que eliminará a Eva Florián... sin riesgo alguno para ti y para mí. No podemos esperar más, o las cosas irán a peor. Yo conozco a Eva. Es capaz de enternecerse ahora, cuando vuelva en sí y sepa que debe la vida al hombre a quien tenía que matar. No sé, pero temo algo. Y para evitar riesgos... haremos lo que teníamos que haber hecho desde un principio. El retorcimiento de mi plan era eficaz... pero no cuando intervienen hombre y mujer. Entonces, todo puede echarlo a rodar una sensiblería femenina estúpida.

—Yo no soy sensiblera, Paul, excepto para amarte a ti.

—Lo sé, querida... —Él le sonrió torcidamente—. Pero Eva no es así. Yo no la amo, ni ella a mí. Podría ocurrir que ese maldito bribón de las islas la hubiera cautivado. Sus vacilaciones en matarle, me han hecho sospechar siempre. Esto de ahora, puede ser la gota que complete el vaso. No quiero correr más riesgos.

—No los correrás, Paul. ¿Qué vas a intentar?

Florey no respondió. Encaminóse a su litera. Se inclinó, sacando una maleta de debajo. La abrió. Aparecía llena de ropa interior y objetos personales. Ella miró, sin entender.

Paul levantó las prendas, mostró lo que ocultaban. Era una caja metálica, oscura, rectangular, con una esfera de reloj en un ángulo. Podía pasar por una caja para guardar dinero, si no fuese por aquella esfera.

La supuesta señorita Arden preguntó con voz intrigada:

—¿Qué es eso, querido?

Paul Florey respondió suavemente:

—Una bomba de relojería. Puede estallar a la hora exacta en que yo ponga este reloj. Su carga de nitroglicerina, es tal que dejará el «Ruta de Java» convertido en pedazos. Antes de que nadie pueda evitarlo, se habrán hundido en el océano.

—Cielos —se estremeció la mujer—. ¿Todos los que viajan a bordo? Paul Florey rió, afirmando lentamente con la cabeza.

—Sí, querida. Todos. Es la mejor manera de borrar rastros... y

no correr riesgos. Cuando desembarquemos en las Islas Palau, esta caja mortífera quedará a bordo. Y ocho o diez horas después de abandonar puerto el buque... sonará la hora en el reloj del mecanismo de percusión. Lo demás, es fácil imaginarlo.

—Sí... —Con horror, contempló la mujer aquella simple caja que significaba el desastre para todos en el «Ruta de Java»—. Es muy fácil imaginadlo, Paul...

CAPÍTULO VIII

¡MUERTE!

El barco ya se movía.

Estaban abandonando la Isla Babelthuap, en las Palau. Ahora, la próxima escala era ya Hawai. Después... California. La Golden Gate de San Francisco, recibiendo.

Todd Martin no prestó atención a eso. Ni siquiera advirtió que el barco se deslizaba nuevamente sobre el mar.

El impacto había sido demasiado terrible, intensamente violento. Contempló a Eva Florián. Y repitió, con voz sorda:

—¿Asesinato?

Ella afirmó. Lentamente, con su cabeza vendada, sobre el rostro pálido, demacrado. Los ojos verdes eran ahora tristes, profundos y lejanos. Como un mar olvidado, como un perdido rincón de las islas del Sur.

—Sí, Todd. Un asesinato. Frío y premeditado. Yo no lo imaginé. No lo llevé a la práctica. Pero he sido su cómplice. He aceptado mi papel. Cuando... cuando el agua me arrastró, como en un castigo providencial... iba a golpearle la nuca con su bastón. No sé si hubiera llegado a tener valor para lanzarle después al mar. Creo que no. Pero siempre quedará la duda. En usted... y en mí. Si fui capaz de todo lo demás, pude también haber hecho eso.

Todd Martin asintió, paseando despacio por el camarote. El silencio podía cortarse ahora con una hoja afilada. Solamente se percibía el rumor del barco, abriéndose paso entre las aguas, hendiendo un surco de espuma en el Pacífico, terso y apacible de nuevo, tras el tifón de cuarenta y ocho horas antes.

Cuarenta y ocho horas. Cuarenta y ocho horas desde que su vida y la de Eva corrieron peligro en la cubierta del «Ruta de Java». Cuarenta y ocho, horas de inconsciencia para Eva Florián. Y ahora, al volver en sí, la cruda, brutal revelación.

Despacio, se volvió a ella. Estaba erguido, plantado en mitad del camarote. Su alta figura parecía diferente ahora a la del paria de los muelles tropicales. Habíase rejuvenecido, había cobrado vigor, acaso moral y energía humanas. Pero su rostro era una máscara de angustia, de abatimiento, de decepción tremenda.

—Fue capaz de engañarme... para que yo fuese la víctima, el cebo de su red. Una red enrojecida de sangre... en la que me dejé prender fácilmente —silabeó, ronca la voz—. Un juego cruel, siniestro e inhumano. Un hombre parecido a su propio marido, podía proporcionarle un beneficio al morir, ¿no es eso?

—Sí. Un cuarto de millón, Todd...

—Un cuarto de millón —suspiró Martin—. Buena cifra para vender el alma al diablo... si se tiene alma. No existía la supuesta fiebre tropical, ¿verdad?

—No...

—Ni el engaño a la Inmigración norteamericana.

—No.

—Un ingenioso truco que yo me tragué fácilmente.

Como hubiera sido fácilmente eliminado, sin llegar a saber lo que realmente me sucedía.

—Sí, Todd.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Arrepentimiento?

—Es posible... —ella se retorció las manos sobre el embozo—. Sé lo que ocurrió esa noche en cubierta. Usted me salvó la vida... ¡Salvó a la mujer que quería asesinarle! ¿Se da cuenta, Todd?

—Me doy perfecta cuenta, Eva. No hace falta ser muy listo para ello. Yo entonces no lo sabía. Pero creo que la hubiera salvado igual.

—¿Por qué, Todd?

—No sé. Tal vez por humanidad. Tal vez por ser usted mujer...

—Dios mío, Todd. Me siento horrorizada... —Se cubrió el rostro entre las manos trémulas—. He sido una mujer indigna, he vivido en garras de un monstruo... Paul es dominador, violento, implacable... y no tiene conciencia. Me ha estado obligando a hacer

cuanto de innoble he hecho en mi vida... hasta el último instante. No hubiera llegado a atacarle, Todd. No hubiera movido un dedo contra usted... de no mediar a última hora la exigencia imperiosa, la amenaza de mi marido...

—¿A última hora? —Todd se irguió, sobresaltado. Clavó en ella sus ojos. Avanzó como una flecha hacia Eva—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Es que está él a bordo?

Eva, muy pálida, afirmó lentamente. Movi6 la cabeza. Luego susurró:

—Sí. Está a bordo...

—¿D6nde? ¿D6nde está? —aulló Todd, aferrándola con energía por las muñecas—. ¡Vamos, dígalos!

—No, no... No puedo... perjudicarlo...

—Él pudo haberla perjudicado a usted terriblemente —dijo Todd con voz dura—. Un hombre así, es capaz también de matar a su esposa, una vez cobrada la fortuna del seguro... Es más, no veo claro este juego. Ninguna Compañía de seguros, pagaría una póliza de tal magnitud, sin dejar bien sentado que el muerto era él, y que la desgracia había sido realmente accidental...

—¿Qué quiere decir con eso? —Ella abrió mucho los ojos—. ¿Qué podía buscar, entonces, mi marido? Ése era *el* plan previsto.

—Paul Florián no tiene nada de tonto. Es un ser malignamente listo. Demasiado, para urdir algo que le ofrezca puntos débiles tan considerables.

—¿Y qué piensa entonces?

—No sé. No quiero pensar nada —la miró, agresivo—. Prefiero arrancarle a él la verdad. Vamos, Eva, dígame dónde puedo hallarle. ¡Tengo que ver a su marido!

—Oh, no...

—¿Prefiere que vaya al capitán del barco e investiguemos uno por uno a todos los pasajeros, con todo el escándalo que ello supone? —amenazó Todd—. Estoy dispuesto a todo...

—Está bien. —Eva sepultó el rostro entre sus manos, y gimió dolorosamente—. En el camarote 10...

—¡El viajero inválido, el que nunca se deja ver! —estalló Todd rabiosamente.

No esperó a más. Cruzó el camarote como una centella, salvó el pasillo, sin escuchar la voz aguda de Eva, desde el lecho. Cargó

como un alud contra la puerta del número 10.

No estaba cerrada. Cedió a su impulso. Penetró en su interior. Se quedó plantado en medio de la cámara enarbolando los puños, dispuesto a luchar con el asesino, con el auténtico Paul Florián.

Pero no había nadie. No vio equipajes, ni ropas ni nada en absoluto. Las literas estaban hechas, todo en perfecto orden.

Recorrió el camarote de extremo a extremo. Era en vano. Su viajero había desaparecido. Regresó a la salida, pisó el corredor. Un camarero de a bordo apareció por el extremo del mismo. Todd le detuvo.

—¿Sabe si el viajero del número 10 ha sido trasladado de camarote? —inquirió.

—¿El señor Brown? Lo siento, señor. Pero el señor Brown, junto con su enfermera, la señorita Arden, que eran los que ocupaban el camarote número 10, han abandonado el buque en su punto de destino, las Islas Palau.

Todd se quedó callado. El camarero se alejó con una sonrisa. Lentamente, regresó al camarote. Eva, muy pálida, le esperaba con la angustia en el rostro. Todd la miró, helada la expresión.

—Se ha ido —informó.

—Dios mío... ¿Adónde? —susurró ella.

—Descendió a tierra en las Palau. Era su punto de destino en el pasaje como «señor Brown». Su enfermera iba con él —arrugó el ceño—. No sé, pero es extraña...

—Muy extraño —asintió Eva—. Nunca me dijo que pensara dejar el barco en las Palau...

—Sabía ya que usted fracasó en su intento de matarme. Quizá sabía también que yo la ayudé a salvar su vida. ¿Tuvo miedo? No, no creo factible esa explicación.

—¿Entonces...? —Los grandes ojos color esmeralda le miraban fijamente, como esperando una explicación más concreta.

—No sé, Eva, no sé. Pero me temo que algo más oscuro planeaba ese hombre... —La estudió, pensativo—. ¿Cómo era su enfermera?

—¿La señorita Arden? —se sorprendió Eva, ante la Inesperada pregunta—. No muy joven, estirada y severa. Con gafas gruesas, con pelo largo, estirado en un moño en su nuca...

—Todo eso puede fingirse. Muchas bellezas parecerían un

desastre con esa apariencia —dijo sordamente Todd.

—¿Qué pretende decir con eso?

—Ojalá lo supiera. Pero tengo mis sospechas... —Se frotó, pensativo, la barbilla—. Sin embargo... ¿por qué ha abandonado el barco? ¿Por qué...?

Avanzaba hacia la puerta, pensativo. Ella musitó:

—Todd... ¿no me odia por lo que hubiera podido hacerle?

Martin se detuvo. Se volvió hacia ella, despacio. La contempló largamente.

—No me hizo nada, y eso es lo que cuenta. También ha tenido el valor de referir la verdad. Eso tiene su mérito... y quizá la disculpa un poco del mal que pensó hacer. Creo, incluso, que a última hora hubiera carecido de valor o de maldad para terminar conmigo, Eva. No, de veras que no la odio, ni le guardo el menor rencor.

—Gracias, Todd —musitó ella—. Muchas gracias... Creo que le he juzgado mal durante mucho tiempo. Yo soy la única digna de desprecio...

Todd no respondió. Llegó a la puerta del camarote. Salió al pasillo y cerró tras de sí, cuando a su espalda sonaban los sollozos amargos de la joven.

Luego, avanzó hacia la escalerilla de cubierta. Dentro de su mente, la pregunta se repetía una y otra vez, incansablemente:

—¿Por qué? ¿Por qué ha abandonado Paul Florián el buque en las Islas Palau? ¿Qué es lo que se esconde detrás de todo este...?

Lo malo es que la respuesta a esa incógnita, no estaba en su mente.

Ni Todd Martin podía imaginar que estaba allí mismo, a bordo del «Ruta de Java», con la forma siniestra de la Muerte... dentro de una caja metálica provista de un reloj.

Un reloj cuyo inexorable
tic-tac

hacia el desastre, nadie podía oírlo... ni siquiera sospechar su existencia en alguna parte del buque...

* * *

—Te esperaré en Yokohama, querido. No tardes en llegar...

—Estaré en el día señalado —se unieron sus bocas

estrechamente. Luego, volvió a los ojos de Paul Florián la expresión glacial, hermética. Ve, cariño, no pierdas el avión. Falta menos de media hora para que despegue.

—¿Qué harás tú, Paul?

—He de esperar un día o dos aquí, en las Palau. Es seguro que se recibirán noticias del «Ruta de Java» muy pronto. Noticias que tú y yo conocemos de antemano. Entonces iniciaré mi regreso a los Estados Unidos, haré la reclamación del seguro, y una vez todo zanjado, acudiré a Yokohama, a esperar el pago del seguro.

—Está bien, querido. No corras riesgos inútiles.

—Descuida. Los riesgos quedaron atrás. Ahora actuamos sobre seguro.

Ella asintió. Otro beso marcó la separación de los dos criminales. Se despidieron con una sonrisa, con un gesto risueño. El hecho de que muchas vidas, en estos mismos instantes, viajaran por el mar, rumbo a la Muerte, no parecía preocuparles demasiado.

El automóvil de alquiler partió vertiginosamente hacia el aeropuerto de la Isla Babelthuap. Se quedó Paul Florián, sólo en la acera de la calle principal de la ciudad isleña, bajo el fuerte sol de mediodía.

Sonrió, a medida que el coche se alejaba. Pronto se reuniría con aquella mujer. Pronto, también, sería rico de nuevo. Su fortuna, evaporada en tantas aventuras galantes, juego y toda clase de vicios, volvería a él a costa simplemente de la vida de Eva. Después de todo, era un precio muy pequeño para su felicidad. Aborrecía a Eva. Ella no había nunca querido oír hablar de divorcios o de separaciones legales. Eso ocasionaría su muerte. Paul se decía que toda la culpa era de ella. Y su conciencia no se sentía en absoluto inquieta por la decisión tomada.

Tampoco por el hecho de aniquilar tantas vidas a la vez. Mientras él continuara vivo y con una fortuna en sus manos, todo era igual.

Echó a andar hacia el centro de la población. Sus ojos se encontraron con un gran reloj, que colgaba sobre la acera, como muestra de una relojería. Eran las doce y media. A las ocho de la mañana, había zarpado de las Palau el «Ruta de Java», rumbo a Hawai.

Hacía cuatro horas y media de ello. Eso quería decir que dentro

de otras cuatro horas y media, exactamente a las cinco de la tarde, el mecanismo de relojería pondría en marcha el percutor de la caja metálica. A su vez, ese percutor haría contacto con la nitroglicerina.

Y todo volaría por los aires.

Cuando las autoridades navales investigasen, se daría un veredicto claro sobre el suceso: las calderas habían estallado. El «Ruta de Java» era un barco viejo, en mar las condiciones. El mismo había leído censuras sobre el estado de aquel y otros buques mixtos de las líneas del Sur, en varios boletines técnicos de las Molucas. A nadie extrañaría, pues, que los pronósticos; pesimistas se hubieran cumplido.

Se presentaría como el auténtico Paul Florián que era él, a las autoridades norteamericanas. Su esposa había seguido viaje hacia los Estados Unidos, y por ello halló la muerte a bordo. Quizá, incluso, se hallara su cadáver, y La Compañía aseguradora pagaría. De cualquier modo, dos años después pagarían la cifra, si la daban por desaparecida. Era mucho dinero. Y todo para él. Y para la mujer a quien quería hacer su esposa, una vez libre de Eva...

Estaba demasiado distraído, demasiado embriagado con su triunfo para advertir peligro alguno en la soleada mañana. Cometió el error de cruzar la calle cerca de una esquina de tráfico denso.

Un automovilista, cometió también el error de virar a excesiva velocidad. No era posible frenar en tan corto espacio de calle. Paul Florián se volvió, asustado, al ver venir el poderoso «Cadillac» blanco hacia él.

—¡Eh, cuidado! —aulló, extendiendo sus manos, como clavado en medio de la calzada, incapaz de retroceder o avanzar en el trascendental segundo que medió entre su avance y la llegada del coche.

También el chófer tuvo un gesto de desesperación y sus manos movieron violentamente el volante, cuando ya un agente del tráfico nativo, corría, haciendo sonar su silbato, al lugar del accidente.

Todo fue inútil. Ni Paul Florián podía ya eludir el impacto del coche, ni el chófer logró otra cosa que dar un raro giro al coche, para terminar empotrándose contra la figura inerme de Florián.

El choque fue espantoso, el cuerpo desapareció bajo las ruedas, engullido por el monstruo vertiginoso... Un grito atroz, roto y estremecedor, hendió la calma soleada del mediodía.

Luego, a cosa de un breve trecho, el automóvil logró ahincar sus ruedas a tierra y frenar. El conductor saltó ágilmente al suelo, corrió hacia la víctima que dejaba atrás, en medio de un charco de sangre, horriblemente mutilada por el atropello.

El policía y un grupo de curiosos rodeaban ya a Paul Florián. El automovilista, frenético, se abrió paso, se asomó hada el caído, demudado y lleno de horror.

—¡Dios mío! —jadeó—. ¿Vive? ¿Ha logrado salvarse?

Un hombre se inclinaba sobre Florián. El policía también. Éste miró al automovilista, sin decir nada. Luego, cambió una mirada con el hombre de paisano, que meneó la cabeza negativamente.

—Vive... pero va a morir —indicó gravemente—. Tiene la cabeza destrozada. También el cuerpo...

—¡Dios mío! —gimió el conductor del coche homicida, Sepultó el rostro entre sus manes, desesperadamente—. ¡Yo no quise hacerlo... no me fue posible evitar que...!

—Lo sé, amigo, lo sé —manifestó suavemente el policía—. He visto lo ocurrido. Usted dobló la esquina muy deprisa... pero la culpa fue de él. Pasó por donde no debía, e iba distraído...

Dejó de hablar para mirar hacia el herido. También el automovilista, olvidando su desesperación, miró hacia Florián. Éste se movía, agitaba una mano rota, ensangrentada, pugnando por decir algo. El hombre que le examinara, que evidentemente era médico o sabía algo de medicina, apoyó su cabeza en la pierna flexionada, sin importarle la sangre que empapó su hilo blanco de su pantalón.

—Me... muero... —jadeó el herido. Y con cada palabra, una bocanada de sangre fluía de su boca—. ¡Me... mué... ro...!

—Cálmese —dijo piadosamente el policía—. Trataremos de salvarle, señor...

—No... Nadie... puede sal... varme... —musitó Florián, dilatados sus ojos con horror, ante la muerte inevitable. Una luz sutil, lejana, hirió su mente, su ser. En aquel momento crucial, esa luz tocó su espíritu. Debió de comprender todo el horror de sus acciones, de sus proyectos criminales. Porque con auténtica furia, con real desesperación, irguió la cabeza rota, sangrante, y gritó—: ¡Sálvenles! ¡Avisen... avisen a... todos...!

—¿Eh? ¿Qué quiere decir? —indagó el policía—. ¿A qué se

refiere?

—La... la... bomba... sálvenles y... —Una bocanada de sangre brotó de sus labios. Se avidriaron sus ojos. Cayó atrás la cabeza, en medio de un dramático silencio, sólo interrumpido por lejano rumor de tráfico.

El hombre le auscultó, acercó un espejo a sus labios. Luego, apoyó los dedos en sus párpados abiertos. No le costó bajarlos, cerrarlos para siempre.

—Ha muerto —susurró, incorporándose.

Respiró hondo el policía. El conductor del automóvil causante del desastre, se apartó unos pasos, angustiada la faz. El policía se volvió hacia él.

—Tendrá que venir conmigo al cuartelillo, señor —invitó—. Pero será simple formulismo, naturalmente...

—Sí, claro que iré —dijo roncamente el automovilista, sin salir de su estupor—. ¿Pero qué habrá querido decir ese hombre con lo de la bomba?

—Oh, no haga caso a lo que dicen muchos moribundos —sonrió tristemente el agente de policía local—. Deliran en su hora final... Venga, por favor...

Se apartaron. Otro policía llegó al lugar del suceso, para guardar el cuerpo hasta el mandato judicial de levantar el cadáver. Alguien ofreció piadosamente una tela amplia, que bastó para cubrir a Paul Florián.

Así encontró el asesino su castigo. Pero jamás iba a poder advertir ya a nadie de lo que, en un arrepentimiento final, quiso evitar.

La Muerte viajaba a bordo del «Ruta de Java». El reloj, inexorable, avanzaba hacia su límite. Y la única persona que hubiera podido evitar el desastre, había muerto en las Islas Palau.

Sus labios, sellados para siempre, no hablarían ya a tiempo.

CAPÍTULO IX

EL RELOJ

Ahora me siento mejor —suspiró Todd Martin, contemplándose en el espejo, sin gafas ni bigote—. Aunque me pregunto qué dirán los pasajeros cuando me vean con un rostro tan diferente al que mostraba antes...

—Estás mejor así —suspiró Eva—. Eres tú mismo, y no recuerdas en nada a Paul. Eso me hace sentirme mejor. El recuerdo de Paul me avergüenza, Todd...

—Lo comprendo. Hizo de ti un instrumento de su propia perfidia. Tal vez ahora te deje para siempre.

—Me voy a separar de él —prometió Eva Florián—. Hasta ahora, siempre rechacé el divorcio. No me gusta. Pero creo que es lo mejor. Así me olvidaré de una vergonzosa época de vida: aquélla en que Paul me dominó y me obligó a hacer su voluntad, me hizo soportar humillaciones y vergüenzas terribles.

¿Él quería separarse? —Todd se volvió hacia ella, frunciendo el ceño—. ¿De veras, Eva?

—Sí. Varias veces lo intentó. Es un ser ambicioso. Desea dinero, libertad, mujeres, juego, drogas si es posible... Así es Paul Florián, mi marido. Cuando vio la ocasión de poderse casar con una millonaria, lo intentó. Pero yo no transigí. No hubo divorcio, y perdió a su dama. Luego le ocurrió con otras, por motivos diferentes. No me ama, lo sé.

—¿Y tú a él?

—Tampoco, Todd. Pero le temo. Y he de soportarle, he de sufrir su presencia, sus órdenes... Por miedo hice todo cuanto sabes.

Ahora, me horrorizo de pensar que yo, yo misma, pude ser capaz de cosas tales.

—El ser humano es algo demasiado complejo para que nosotros mismos sepamos entendernos, Eva —suspiró Todd—. Yo he sido otro ejemplar extraño en este mundo. Por una simple desilusión sentimental y un fracaso profesional, me hundí en la escoria en que tú me conociste... Le peor escoria del mundo, lo reconozco.

—Háblame de ti, Todd. ¿Qué te sucedió, para convertirte en el vagabundo de los muelles que yo vi en Weda?

—Oh, es larga la historia. Demasiado larga para contarla —musitó Todd Martin—. Una vez fui un hombre normal. Escribía libros y todo eso. Viajaba, observaba a los demás, para trasladarles a las páginas de mis obras. De tanto observar a los otros, me olvidé de mí mismo. Fue un grave error.

—¿Qué sucedió?

—Mi prometida me abandonó. Eligió a otro que podía cuidarla mejor que yo. Eso me hundió. Amargado, escribí un libro. Fue malo, a pesar de que creí expresar en él lo más sentido de mi espíritu. Luego, escribí otro, para evitar el desprestigio. Fue peor aún que el primero. Comprendí que no podría seguir escribiendo, si no olvidaba a Marsha... Marsha era su nombre, ¿sabes?

—Sí, Todd. Sigue...

—Hay poco más. Mientras trataba de olvidarla, pensé que beber un poco me ayudaría. De otro modo, era incapaz de dejar de pensar en Marsha, Bebí más. Y más.

Y más... No supe ni quise parar. Me alcoholicé. Ahora ya sabes por qué bebo. Sólo que ahora ya no pienso en Marsha. Pero el remedio fue peor que la enfermedad, y seguí alcoholizado. Me arruiné, me fui hundiendo más y más. Mientras conservé mi pequeña máquina de escribir, intenté hacer algo. Siempre rompía la primera página. O la segunda todo lo más. Dejé de escribir. Un día, no tenía para beber. Vendí la máquina. Fue el principio del fin, Eva...

Hubo un silencio. Ella le contempló largamente, en silencio. Luego, Todd se pasó una mano por el rostro, aspiró con fuerza, como ahuyentando viejos fantasmas.

—Pobre Todd... —Ella, impulsivamente, pasó suave, tersa, una mano por su rostro. Todd se estremeció al tenue contacto—.

Lástima que ahora... tampoco hayas encontrado a nadie digno de mejorar tu suerte, de hacerte luchar por algo. Yo no soy la persona capaz de ello. Soy despreciable, odiosa...

—Eso es lo malo, lo terrible de ti, Eva. —Todd la miró fijamente—. Has intentado matarme. O lo hubieras intentado, no sé. Y aún así... no puedo odiarte. Ni siquiera guardarte rencor. Tal vez sea porque te amo.

—¡Todd!

—Te amo... y no puedo aspirar a ti.

—Sí, Todd. Podrías aspirar, si realmente pensaras que yo merezco tanto... Me separaré de Paul. Ahora sí...

—Tal vez ahora, él no quiera deshacerse de ti como en otras ocasiones, y no quiera que tú... —Se detuvo bruscamente. Alzó la cabeza, con una viva expresión de angustia y de horror—. ¡Deshacerse de ti!

—Todd... ¿qué te pasa? ¿Por qué repites eso? —se extrañó Eva.

—Deshacerse de ti... —Todd insistía en la frase, como una cantinela obsesiva. Paseó por el camarote—. Sí, eso lo explicaría todo... o casi todo...

—No te entiendo.

—Eva, una pregunta —se paró en seco. La miró fijamente—. Tú... tú ¿significarías algo para Paul Florián... si estuvieras muerta?

—Oh, Todd, qué horrible pregunta...

—Lo sé, lo sé... Es horrible. Pero respóndeme. Él se ha hecho un seguro de vida. Piensa si tú tienes alguno, si tienes bienes, si has hecho algún legado o testamento.

—No, yo no tengo legados, bienes, seguros de vida ni... —Se detuvo de pronto—. ¡Espera, Todd!

Martin advirtió su gesto de repentino temor, ávido, inquirió:

—¿Qué sucede, Eva? ¡Vamos, habla!

—Hace tiempo... varios años... yo extendí un seguro de vida por un valor bastante elevado... Pero más tarde, lo anulé.

—¿Quién era el beneficiario del seguro?

—Paul.

—¿Abarcaba accidentes de viaje, siniestros y todo eso?

—Sí... Pero ya te digo que lo hice anular.

—¿Lo anulaste tú?

—No. Se lo encargué a Paul. El debió anularlo. Me dijo que lo

había hecho y...

—Debió hacerlo... y te dijo que así lo hizo —dijo con sarcasmo Todd—. Pero tú nunca lo comprobaste, ¿verdad?

—No... No lo creí necesario. Nunca dudé de que lo hubiera hecho...

—Eva, o mucho me equivoco... o tu marido planea algo mejor que su propia muerte fingida, para percibir dinero. Hay un medio mejor y menos complicado... Suponte que yo fui en realidad el señuelo *para ti*. Y que mientras tú te entretenías conmigo en aquel diabólico juego... él obraba por su cuenta, esperando el momento de matarte a ti.



—¡Dios mío, no! —Palideció intensamente Eva, llevándose las manos al rostro.

—Sí, Eva... Suponte que el auténtico pez que esperaba cazar en su red, eras tú. Una red sangrienta, cuya única víctima era la propia esposa de Paul Florián... ya que su vida valía dinero para él.

—Pero Todd, él nunca ha intentado causarme daño... y ahora

mismo, ya no está a bordo...

—No, no está a bordo —asintió Todd. Miró su reloj. Eran las cuatro de la tarde—. Hace muchas horas que abandonó el barco en las Palau. Me he estado preguntando todo este tiempo *por qué tuve que hacer eso*.

—Ha debido de coger miedo... A mí, a ti, no sé...

La faz de Todd Martin se crispó al pasar por su mente una idea. Miró a Eva.

—¿Él no te ha dejado algún medicamento, alguna golosina, algo que tú puedas injerir, y que proceda de sus manos de alguna manera, por enrevesada o simple que te parezca?

—No... Nada de eso, Todd...

—Pues en alguna cosa, en alguna parte, debe de estar la forma, el sistema que ha ideado tu marido para acabar contigo. ¡Estoy plenamente seguro, Eva!

—Oh, Todd, es una sospecha espantosa... —Pero ella misma debía de sentirla ahora, porque había palidecido intensamente, y sus manos temblaban sobre el regazo—. No es posible que él...

—Un hombre que intenta matar a otro o dicta su asesinato, es igualmente capaz de aniquilar a cualquier otra persona. Incluida su esposa. Sobre todo, si él es un egoísta ambicioso y cruel como Paul Florián. Lo único que me pregunto... es cómo intentará cometer su crimen, de qué forma atentará contra ti, ahora que no está a bordo y que...

Sin terminar la frase, dio unos paseos por el cuarto. Sobre un mueble, el pequeño despertador de Eva, pareció contemplarle con sus cifras luminosas. Das agujas, muy lentas, avanzaban. Ya eran las cuatro y cinco. Pero aquél tenía y cuarto.

Tomó el reloj mecánicamente, casi sin observar lo que hacía. Lo puso en hora con el suyo propio. Mientras el tic-tac

llegaba a su mente, como una música o un ritmo de fondo, seguía reflexionando, esforzándose en pensar cómo a distancia podía intentarse un crimen perfecto, algo que permitiera a otro beneficiarse de un seguro de vida por accidente, enfermedad, siniestro...

Puso el reloj sobre el mueble. No hallaba la solución. El tic-tac

proseguía en el silencio, como única nota sonora, junto al lamer de las aguas en las bandas del «Ruta de Java». Hasta ese agua parecía producir el ruido de un reloj.

Un reloj...

Tic-tac...

tic-tac...

Los ojos de Todd se clavaban en el pequeño despertador. De súbito, sus pupilas se dilataron. Volvióse vivamente a Eva. Casi fue un grito. Ronco, desesperado.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya sé, Eva!...

—Todd... —Ella se sobresaltó—. ¿Qué es lo que sabes?

—¡Mira, Eva! —señaló hacia el reloj, trémulo de angustia—. Mira esas agujas... El tiempo pasa... Han transcurrido varias horas desde que Paul Florián abandonó el barco...

¡Pero se puede matar a una, a cien personas, incluso, a esa distancia!

—Dios mío, Todd, no logro entenderte... ¿Te has vuelto loco?

—Jamás tuve más cordura que ahora —aferró el despertador—. El reloj mide las horas, Eva... Pero mide también el tiempo que puede tardar tal mecanismo... en estallar.

—¡Todd!

—¿Te das cuenta de lo que quiero decir? ¡Un reloj infernal... UNA BOMBA DE RELOJERIA... oculta a bordo de este buque! ¡Eso haría volar este cascarón por los aires! Y nadie dudaría de una explosión de calderas o cosa así... No nos salvaríamos nadie. Nadie, excepto Paul Florián, ahora en las Palau. El crimen perfecto. Se han cometido otros similares, pero el asesino siempre dejó rastro. El mar no guarda rastros, volaríamos en mil pedazos. Sería un accidente vulgar, y dentro de algún tiempo, Paul Florián, que abandonó el barco en las Palau, según demostraría, iría a reclamar su beneficio en tu seguro, Eva...

—¡Cielos, Todd! —Demudada, estremecida de horror, se retorció las manos—. Si eso es cierto, ¿qué podemos hacer?

—¡Buscar la posible bomba! ¡Avisar al capitán si es preciso,...! ¡Revelarle lo que sospechamos, alterando algo los hechos! ¡Estoy seguro de que hay un mecanismo explosivo a bordo... algo que nos hará volar en pedazos si no lo impedimos a tiempo!

Sin añadir más, Todd Martin corrió hacia la salida. El

presentimiento se afianzaba en él, su teoría se agigantaba. A cada minuto, podía saltar todo en pedazos.

En alguna parte del barco, un tic-tac estaría, tal vez, señalando su destino.

* * *

—Ya está... —Todd se irguió, sudoroso—. El reloj se ha parado.

El dramático silencio en torno suyo, fue roto por un coro de suspiros. Los marineros y pasajeros sintieron que una losa de plomo se apartaba de sus espaldas.

—¿Y ahora? —preguntó el capitán Smundsen roncamente.

Todd, por toda respuesta, apoyó sus manos en la caja metálica. Observó, tras enjugarse el sudor que empapaba su rostro:

—Meteremos la caja en agua. Luego, manipularemos en ella. No hay peligro de que estalle, en relación con el tiempo... —contempló el reloj mural de la sala. Eran las cinco menos diez. Diez minutos les había separado de morir irremisiblemente—. Pero la nitroglicerina podría estallar si, al manipular nosotros, con el percusor en el resorte de explosión. Dentro de una pila de agua, eso no sucederá.

—Dios mío —jadeó el primer oficial de a bordo—. Sólo unos minutos... y hubiéramos volado en pedazos. ¿Cómo supo usted que habían dejado esto a bordo?

—No lo sabía. Lo sospechaba. De estar en alguna parte, sería cerca de las calderas... —Todd sonrió—. Me bastó saber que había lavabos y duchas junto al muro de las salas de máquinas, para comprender que por allí debió dejarla el asesino. Y así fue. La encontramos en el depósito de agua de un lavabo, previamente vaciado de agua por el que planeó tan terrible fin para este buque y sus ocupantes.

—Ha sido usted muy hábil —comentó Smundsen—. En cuanto vio que aquel grifo no goteaba agua, imaginó el lugar. Se me ponen los pelos de punta cada vez que recuerdo cuando miré hacia el depósito, sabiendo casi con absoluta certeza que una carga mortífera estaba allí dentro, quizás a punto de estallar...

—No nos sobró mucho tiempo —asintió Todd roncamente—. Ahora, telegrafíen a las Palau. Pueden arrestar a aquel hombre sin

vacilaciones.

—Claro que se enviará un radiograma en el acto. Se llama Brown, ¿verdad?

—No, no —denegó Todd Martin serenamente—. Se llama Paul Florián.

—¡Paul Florián! —Smundsen parpadeó—. ¿Bromea? Paul Florián es usted...

—No, capitán. La historia es larga de contar. Pero yo no me llamo Paul Florián. Mi nombre es Todd Martin. Embarqué engañado. Le voy a referir todo, tal y como ha sucedido. Es posible que tenga alguna culpa, pero legalmente no existirá tal culpabilidad en mí.

—Cielos, no le entiendo. La señora Florián...

—La señora Florián iba tan engañada como yo mismo. El golpe criminal iba destinado a ella. Aunque iba a costar muchas más vidas a la vez. Empezó con un fraude a Inmigración y a las autoridades sanitarias. Pero el fraude no existe en realidad, porque el verdadero Florián también goza de perfecta salud, lo mismo que yo. Y ambos podemos entrar legalmente en los Estados Unidos, sin apelar a truco alguno. Yo soy ciudadano norteamericano.

—¿Entonces... qué objeto tenía el engaño?

—Poder obrar él libremente y bajar del barco, mientras su esposa, engañada, iba conmigo hacia los Estados Unidos —mintió Todd, ocultando la complicidad de Eva en el primer truco criminal—. Puede enviar la orden de detención a nombre de Paul Florián. Él es el culpable, y el hombre que se fingió llamar Brown...

Smundsen asintió. Abandonó la estancia. Poco después partía la orden de detención hacia las Islas Palau. Y otro mensaje radiografiado a las autoridades de Inmigración de Honolulu y San Francisco, próximos puertos a tocar por el «Ruta de Java».

La orden de detención, solamente encontraría un cadáver en el depósito de la Isla Babelthuap. El cadáver de Paul Florián, el asesino muerto...

CAPÍTULO X

FINAL

Todd Martin, ciudadano norteamericano. Estado de salud, perfecto. Sin antecedentes penales. Libre entrada en el país —el agente especial de Inmigración devolvió a Todd Martin su auténtica documentación, a la que ahora se unía el certificado médico del doctor Bellamy, de Honolulu. Le estudió, ceñudo—. Bien, creo que no hay contra usted otro cargo que el de haberse presentado ante los médicos de las Islas Molucas con una falsa identidad. Pero habida cuenta de que también el certificado sanitario del auténtico Paul Florián era favorable, y que usted mismo ha denunciado la irregularidad, el Departamento no adoptará medida alguna contra usted, ni las autoridades federales le acusarán oficialmente de nada punible.

—Gracias, señor —se limitó a decir gravemente Martin Todd—. Estaba dispuesto a pagar mi responsabilidad. Es muy generoso por su parte el que me absuelva de todo delito.

—En realidad, no delinquiró más que de intención, ya que se prestó a ocupar el puesto de un supuesto enfermo que entraría así, ilegalmente, en el país. Pero como la realidad era otra, no podemos ejercer acción alguna contra usted, en pura justicia. Además, me parece usted un hombre honesto, Martin. Lo prueba también el hecho de que salvara a toda la tripulación del buque con su inteligente oportunismo. Eso también lo tiene en cuenta la autoridad federal, muchacho. Incluso es posible que la empresa propietaria del «Ruta de java» le conceda una recompensa por ello.

—No merezco tanto.

—Nunca se sabe lo que un héroe merece —sonrió el agente de Inmigración, tendiéndole la mano—. Y para mí, el que salva un puñado de vidas humanas, siempre será un héroe en todo el sentido de la palabra. Aunque hubiera sido usted un delincuente, un criminal, ese acto le situaría en un lugar privilegiado de mi estimación personal. Claro que entonces no hubiera podido hacer nada por usted, Martin. Me alegro de que sea usted una persona decente. Y de que siempre lo haya sido, incluso en las Islas.

—Allí no fui muy decente. Era un borracho despreciable, un vago, un parásito...

—Eso no es una infamia, Martin. Y menos cuando uno tiene la voluntad suficiente para rehacerse, para enmendar su vida y volver a ser el que se fue en un principio. ¿Se cree capaz de volver a empezar?

—Creo que sí... He hallado una mujer. Ella puede ayudarme... Puede ayudarme mucho.

—¿Es... la señora Florián? —sonrió el agente federal.

—Sí. Va a solicitar la separación definitiva de su marido —dijo lentamente Todd Martin, acercándose a una ventana del despacho de Inmigración. Contempló la panorámica brumosa de San Francisco, extendido a lo largo de la bahía—. Creo que con esto de ahora, no habrá juez capaz de negársela...

El agente de Inmigración se acercó a Todd. También él contempló el panorama de la ciudad. Luego, muy despacio, volvió el rostro hacia Todd. Ambos hambres se miraron entre sí, a escasa distancia.

—Creo que hay algo que no sabe usted, Martin —dijo con voz grave—. Algo que también le estará siendo comunicado en estos momentos a la señora Florián por un compañero mío.

—¿Eh? —Todd enarcó las cejas, intrigado—. ¿Qué es ello?

—Se trata de Paul Florián... En las Islas Palau, sufrió un accidente gravísimo. Un automóvil le atropelló al cruzar una calle. Murió en la misma calzada... sin poder revelar algo que parecía atormentarle en aquel momento... Al ver que moría, quiso advertirles de lo que ocurría. Pero no tuvo vida bastante para ello...

—Dios mío... —Todd inclinó la cabeza, impresionado—. Paul Florián... muerto.

—Sí. A veces, amigo mío, los designios de Dios son

inescrutables. He aquí un caso singular en los anales delictivos. Un asesino muere antes de cometer su crimen... y sus víctimas se libran sin que su muerte influyera en ello. Extraño, ¿verdad?

—Ciertamente —asintió Todd Martin—. Ahora... Eva es una mujer libre...

* * *

Seguía siendo hermosa con el vestido negro.

Se detuvo en el umbral de la pequeña capilla. Todd la sujetó por el brazo. Ella le sonrió débilmente.

—Gracias, Todd —musitó—. Pero creo que puedo seguir adelante... Es un simple temblor de rodillas.

—¿Te ha emocionado el funeral?

—No sé. Tal vea sí... Paul no merecía que me emocionase. Quizá ni siquiera este funeral. Pero es cristiano. Y quiero quedar en paz con mi conciencia.

—Sí, Eva. Es mucho mejor así. Después de todo, a la hora de la muerte quiso enmendar el mal cometido... Ante Dios, debió redimirse así en parte. Nosotros también debemos perdonar... o al menos, olvidar.

—Por eso hemos asistido a este funeral, Todd —musitó Eva, saliendo a la acera soleada. Arriba, las brumas de la costa se enroscaban a los rascacielos de Prisco—. Ahora, todo está hecho. Me siento tranquila, serena...

—Sí. Todo queda ya atrás, querida. Una mujer esperará en algún sitio del mundo a Paul Florián —dijo Todd, mientras la conducía al automóvil parado ante la capilla—. Pero él nunca llegará...

Subieron al coche. Éste se puso en marcha. Permanecieron en silencio ambos, en tanto que los grises rascacielos desfilaban a ambos lados, más allá de las ventanillas. Todd contemplaba la ciudad con expresión opaca, cansada.

—¿En qué piensas, Todd? —preguntó ella de pronto.

—No sé —se encogió de hombros—. Tal vez en las islas, en el sol de por allá... Esto es muy distinto.

—¿Es mejor?

—Es distinto. Eso es todo cuanto sé, Eva. Había olvidado por completo mi mundo de entonces. Ahora que he vuelto... no me

gusta mucho. Creo que hay allí más belleza, más luz, más sinceridad...

—Si quieres, volveremos allá...

—Eva, ¿de veras te gustaría volver conmigo a las islas? —preguntó Martin.

—Sí, Todd. Contigo, volvería a cualquier sitio... —Ella le rodeó con su brazo, amorosamente—. Te quiero, te quiero, Todd... Te quiero como jamás quise a nadie. ¿Serás capaz de olvidar lo que...?

—Calla —él puso una mano sobre sus labios—. Ya está olvidado. Hemos de mirar hacia adelante... y olvidar lo que queda atrás.

—Sí, Todd. Gracias...

Se contemplaron largamente. Luego, un beso les unió. El coche rodaba por las calles grises. El sol apenas si remachaba los bloques de cemento vertical, luchando con la brama de la mañana.

* * *

—Ésta era la casa de Paul en San Francisco. Antigua y sólida... Creo que la venderé. No podría soportar nada de Paul, después de todo lo sucedido.

Todd asintió, mirando en derredor. Comprendía a Eva. La casa olía a vieja, a cerrada... Como una tumba. Paul Florián parecía estar presente en cualquiera de las amplias estancias de aquel edificio de Market Street, tantos años cerrado.

—Sí, creo que harás bien, Eva —musitó—. ¿Te das cuenta de que ahora vas a ser una mujer rica?

—¿Rica? —Ella sonrió—. Por esa casona no me darán mucho, Todd.

—¿Olvidas que existía realmente un seguro de vida a nombre de Paul Florián, que incluía los accidentes?

—¡Cielos! —Eva abrió mucho los ojos—. Es cierto... Pero se hizo para engañarme a mí, no hay duda...

—Sin embargo, el seguro existe. Y Paul murió en accidente. Vas a cobrar un cuarto de millón, Eva.

—¡No lo quiero! ¡No quiero ese dinero, Todd!

—Haces mal, Eva. Es tuyo legalmente. Obra de una acción en la que tú no tuviste parte. La Compañía aseguradora pagará. Esta vez no caben dudas. Paul Florián, el verdadero Paul Florián, es el

hombre que murió en las Islas Palau.

—Si tú quieres que acepte ese dinero, lo tomaré, Todd. Pero...

—No, Eva. Yo no quiero que seas rica. Entonces tendría que apartarme de ti. Pero puedes destinar ese dinero a obras benéficas, a cosas dignas, que borren la enorme culpa de tu marido.

—Eso es lo que haré, Todd. Sí, tengo que hacerlo... Gracias por tu idea, querido. Pero tú y yo hemos de vivir y...

—Voy a ser tu marido, Eva. Trabajaré por ti y para ti. Eso baste —se inclinó y la besó—. Ahora he de dejarte, querida.

—¿Ya, Todd?

—Sí, pequeña. En Inmigración y en el Departamento Federal de San Francisco, requirieron mi presencia a las diez, tú lo sabes. Son más de las nueve. He de ir. Las investigaciones han de completarse, y precisan mi declaración. Pura rutina, querida. Esto se ha terminado ya...

—No tardes, querido. ¿Cuándo crees que te dejarán libre?

—A mediodía todo lo más. Quizá a la una. Pero no más tarde. Prometo estar aquí lo antes posible.

—Sí, Todd querido... Hasta luego.

Se besaron. Todd se alejó, descendió presuroso la escalera hasta el «hall». Salió a la calle. El sol, por fin, parecía romper la neblina matinal. Pero a pesar de todo San Francisco le pareció una ciudad triste y fría. Evocó el sol ardiente del trópico, la luz y el color de las islas...

Suspiró, llamando un taxi. Subió a él y le dio la dirección del Edificio Federal. Mientras se alejaba, percibió el sonido de una sirena en la bahía. Eso le recordó el muelle de Weda, allí en las Molucas. Las sirenas de los buques. Y unas palabras que habían resultado casi proféticas:

«No hagas ese viaje, Todd... Tengo un presentimiento. Algo saldrá mal».

Blanca tuvo razón. Pudo ser un viaje hacia la Muerte. ¿Qué sería ahora de la muchacha de la isla? Estaría allá lejos, soñando con su retorno. Un retorno que jamás llegaría. Y cuando llegase, él volvería con otra, mujer. Pobre Blanca...

El automóvil seguía avanzando a través de la ciudad californiana, hacia el edificio que el FBI poseía en San Francisco. No iba inquieto. Ya estaba fuera de todo temor. Como dijera a Eva,

todo se reducía ya a un simple trámite oficial. El FBI tenía todo el caso en su «dossier». Quizá, como dijera el agente de Inmigración, su más extraño caso en muchos años...

* * *

—El caso ha concluido, Martin. En Yokohama, ha sido arrestada una mujer llamada Marion Robers Arden. Era la supuesta enfermera del «señor Brown». En realidad, la amante y cómplice de Paul Florián en su conspiración. Ella ha completado sus declaraciones, y la culpabilidad de Florián está fuera de toda duda.

—Lo celebro —suspiró Todd—. Es más de lo que esperaba, Todos los culpables sufren su castigo.

—Sin embargo, Martin, hay algo que no está claro —saltó de pronto el agente Jeffreys, de la Oficina Federal de California, incorporándose, con la carpeta del caso en sus manos, y avanzando hacia Todd con paso elástico—. Y quiero que usted me lo aclare.

Todd sintió un leve escalofrío. A pesar de todo, aguardó la pregunta con serenidad.

Incluso preguntó con voz firme:

—¿A qué se refiere, señor?

—La detenida ha declarado que Florián engañó a su mujer. Pero que ésta en realidad actuaba con la idea de matarle *a usted*, para cobrar un seguro de vida a nombre de su marido. ¿Eso es cierto?

—Claro que no. Me suena a una fantasía absurda. Jamás intentó hacerme daño alguno.

—¿No? —Jeffreys enarcó las cejas—. ¿Entonces por qué estaba ella en cubierta la noche del tifón, según ha declarado el capitán del «Ruta del Java»? ¿Por qué dice la Arden que ella subió a atacarle a usted en cubierta, y que el tifón fue el que sin duda impidió el ataque que ella, obligada o no por su esposo, iba a llevar a cabo?

—Eso es fantástico, señor —denegó fríamente Todd—. Subimos juntos. El mar la arrastró a ella. Tuve que salvarla. No ocurrió nada más. Vamos a casarnos. ¿Cree que me casaría con una mujer que intentó matarme?

—Cosas más raras he visto —suspiró el federal—. Bien, Martin. ¿Está dispuesto a jurar eso?

—Sí.

—Supongo que no podré probar lo contrario. Su palabra vale en este caso más que la de Arden. —Jeffreys hizo un gesto de desaliento—. Pero hace mal. Debería sincerarse con nosotros, muchacho. Somos humanos. Sabemos comprender... y callar a veces.

—Es todo cuanto puedo decirles.

—Bien. Eso zanja la cuestión —musitó Jeffreys—. Puede largarse, Martín.

—¿Ya?

—Sí puede hacerlo... —Agitó la carpeta del caso Florián—. Y gracias.

Todd se incorporó. Al mismo tiempo, de la carpeta escapó un papel, que fue a caer a los pies de Martin.

Jeffreys se inclinó a recogerlo, tras su ademán. Todd también. Llegó antes y lo alzó entre sus dedos para dárselo al federal.

—Tenga, señor —sonrió—. Pierde documentos de su archivo y...

Se detuvo. Estaba mirando la fotografía prendida con una grapa a un documento fechado en la isla de Babelthuap, Islas Palau. Interrogó, con voz tensa:

—¡Un momento! ¿Quién es este hombre?

—Oh, ése... —El federal echó una ojeada de despreocupación a la fotografía—. Es el hombre que atropelló a Paul Florián con su coche. Es el informe completo de las autoridades de allá. Simple rutina. ¿Por qué? ¿Le conoce tal vez?

—No... Me pareció familiar —dijo Todd, apretando los labios. Inclínó los ojos a tierra, dejando el documento en manos del federal—. Es todo, gracias.

Jeffreys se quedó con el papel. Su mirada siguió a Todd mientras éste cruzaba la oficina y salía al exterior. Aún miraba a la salida cuando zumbó el ascensor, llevándose hacia abajo a Todd Martin.

Luego, su mirada volvió a la hoja mecanografiada y la fotografía cosida a ella...

* * *

No llamó. Tenía la llave de la casa. Eva le había dado una. Dejó el taxi en la esquina cercana, cruzó la acera con paso elástico, abrió la puerta y entró en la vieja residencia de Florián.

Subió las escaleras. Sus piernas devoraban los escalones de tres en tres. Era muy pronto. Apenas las diez y media. Había terminado muy pronto en la Oficina Federal. Mucho antes de lo que Eva imaginaba.

Llegó al piso alto. Sus zapatos de suela de goma no producían ruido. Avanzó por el corredor. Se detuvo súbitamente ante una puerta cerrada, la del gabinete donde dejara a Eva. Sonaban voces dentro, amortiguadas por la recia hoja de madera. Posiblemente tenía alguna visita inocente, y sus temores no estaban fundados.

Se acercó, sin embargo, sin hacer ruido alguno. Apoyó la mano en el pomo. Lenta, muy lentamente, abrió la hoja, apenas unas pulgadas, dejándola así entreabierta. Llegó a él la voz de un hombre.

Casi desechó sus temores. Pero la voz le resultó familiar. La había oído antes. Su temor volvió. Se hizo tangible al identificar la voz. Y al reconocer las palabras pronunciadas, con toda nitidez:

—... nadie va a relacionarme a mí con Paul Florián. Para todos, fue un accidente. Cuando le vi cruzar la calle, me lancé sobre él. Podía esperar otra oportunidad, pero él fue tan tonto, que me la ofreció casi enseguida. Y yo la aproveché. Le destruí con toda facilidad, y fingí muy bien mi papel. Nadie receló de mí. Me mostraba inconsolable. Me soltaron, después de tomarme todos los datos. Florián murió enseguida. Pero tampoco me hubiera podido acusar. Después de todo, ignoraba que yo fuese su asesino. No me conocía, no esperaba que yo le atacase por una razón premeditada...

No empujó la hoja ni una pulgada más. A cada palabra del hombre, el mismo al que viera fotografiado en el informe policial, se estremecía todo su ser. Pero no se movió. Siguió escuchando, tenso.

—... Le había seguido desde que desembarcó. Yo desembarqué con él, fui en pos de él. Se despidió de la mujer. Una vez solo, es cuando tuve mi oportunidad. Como había previsto, todo salió bien. Ahora, vengo a por lo mío. ¿CUANDO VAS A PAGARME POR LO BIEN QUE CUMPLI TUS ORDENES DE MATAR A TU MARIDO, EVA?

CAPÍTULO XI

DESPUES DEL FINAL

Un silencio. Una pausa larga. Hiriente, dolorosa para Martin Todd. Después, la voz de Eva Florián. Helada, implacable. Dura como ella misma:

—Blake, no eres oportuno. Debes venir en otro momento. Te dije que acudieras a estas horas porque Todd Martin estaría en la Oficina Federal, pero no debes volver con tal inoportunidad. Podría irse todo al traste. Si te asociaran conmigo, todo se acabaría. La muerte de Paul debe seguir pareciendo un accidente, no un crimen. Yo no tuve nada que ver en ello, ¿entiendes?

—Eso tiene gracia, Eva. Tú tuviste la idea de hacer realidad el truco de Paul. En vez de matar a un «doble», con lo que nunca cobrarías ese seguro, nada mejor que asesinar a tu verdadero marido. Eso suponía un cuarto de millón seguro. Te ayudé. Pero quiero mi parte.

—Aún no he cobrado yo. ¿Cómo voy a pagarte?

—Oye, Eva, yo no soy tonto. No me fío de su lealtad. No has sido leal a tu marido. Ni a ese tonto de Todd Martin. ¿Por qué habías de serlo conmigo?

—A Martin le quiero. Vamos a casarnos, Blake.

Y Blake, el rubio de abordó, el joven a quien Todd no viera más en la travesía, tras la charla con Eva en el bar del «Ruta de Java», hasta descubrirlo de nuevo en el archivo federal, como el hombre que atropelló a Florián en las Palau, respondió burlonamente:

—Enhorabuena, Eva. Te enviaré flores en tu boda. Pero quiero mi dinero. Fírmame un pagaré, y me iré tranquilo.

—¿Estás loco?

—Tú estás loca, si crees que voy a irme sin dinero o sin pagaré. No, pequeña. No quiero que te escabullas de mis manos, y yo, que te hice la faena sucia, me quede compuesto y sin dinero. ¿Entiendes de una vez?

Otra pausa. Luego...

—Está bien —un suspiro de Eva—. Te firmaré el pagaré. Cobrarás lo estipulado.

—Cien mil, no lo olvides. Es barato por deshacerte de Paul. Era un cerdo.

—Ahórrate comentarios. Cobrarás los cien mil prometidos. Espera. Otra pausa. Luego, el error.

Se había apoyado con demasiada fuerza en la puerta. Ésta cedió, con brusco chirrido. Todd, impetuosamente, penetró en la habitación, trastabillando. Alguien lanzó una imprecación obscena. Era Blake. Eva ahogó un grito. Al reconocerle, lo profirió roncamente.

—¡Todd! —gimió, mortalmente pálida.

Estaba parada junto a la mesa, una estilográfica en la mano, un bloc de papel en el tablero de cristal. Blake, rubio y altivo, como a bordo del «Ruta de Java», había llevado velozmente su mano al bolsillo de su impecable americana gris perla. Eva le avisó:

—¡No, Blake! ¡No hagas nada!

Pero surgió su mano, esgrimiendo una automática. Apuntó fijamente a Todd. El rostro contraído de Blake no reveló la menor cordialidad.

—Maldito estúpido —rezongó entre dientes—. Nos ha oído, ¿verdad? Lo ha oído todo, ¿no es eso? ¡Escuchaba tras la puerta!

Martin no dijo nada. No negó ni afirmó. Era tonto hacerlo. Eva se adelantó, estremecida.

—Todd... Todd... ¿escuchaste acaso? ¿*Todo*? —Fueron sus palabras roncadas, entrecortadas.

Asintió Todd con la cabeza. Ella sepultó el rostro entre sus manos. Convulsa, sollozó:

—Dios mío, Todd... Yo... yo nunca hubiera querido... que conocieras la verdad.

—Pero la he conocido, Florián te engañó a ti. Tú le engañaste a él. Ibais de pillo a pillo... De asesino a asesino... Debiste

sorprenderte mucho cuando supiste que él te quiso matar con una bomba de relojería. En eso no fingías —el tono de Todd era amargo—. En todo lo demás, sí...

—¡No, Todd! —chilló, desesperada—. Es cierto que soy abominable... Hice matar a Paul... Me situé a su altura... Pero a ti... a ti llegué a amarte, Todd... ¡Te amo desesperadamente!

—Es enternecedor —se burló fríamente la voz chirriante de Blake, el compinche de Eva, el hombre que condujo en las Palau el «Cadillac» contra Paul Florián, por orden de la bella pelirroja—. Enternecedor, de veras...

—E inútil —agregó sordamente Todd—. No vas a convencerme, Eva... Ahora sé la verdad. La horrible verdad. Tú eras la que manejaba la red... Una red de sangre, que nos prendió a todos... Me voy, Eva. Me voy de ti. No te delataré, pero me voy. Por segunda vez en mi vida... una mujer me defrauda... hunde mis esperanzas y mi nueva fe...

—¡Todd, por favor...! —gimió Eva—. Eso no... Te quiero... ¡Te quiero!

—Es inútil. Me voy de ti —miró fijamente al hombre armado de una automática—. Si tu amigo Blake piensa dejarme, claro está. No diré nada a nadie. No es cosa mía. Volveré a las islas. A un mundo mejor y más limpio que esta podredumbre, esta basura...

—No irá a ninguna parte —cortó Blake.

—¡Blake, déjale ir! —gritó ella—. ¡No debes detenerlo! ¡Nadie debe hacerlo!

—Mi querida Eva, tú podrás ser todo lo tierna y enamorada que quieras, pero yo no me fío de este tipo. Ni renuncio a mi dinero. El responde por ese dinero. De momento que no se irá de —aquí.

—¿Va a matarme? Preguntó glacialmente Todd, mirándole con obstinada fijeza.

—Sí, es posible que lo haga... si me fuerza a ello —jadeó el otro.

En aquel momento, obró Todd Martin. Su acto fue rápido, sin vacilaciones. Sabía que tenía las de perder, Pero la vida le importaba poco. Por eso lo hizo.

Saltó como un tigre hacia Blake. Eva chilló, horrorizada. Se cubrió cobardemente los ojos. El arma de Blake disparó. Todd se estremeció en pleno salto, como una verdadera fiera herida, al recibir el impacto de fuego en el cuerpo.

A pesar de ello, cayó sobre Blake. Le machacó el rostro con un puño demoledor, al tiempo que su otra mano aferraba la muñeca armada. Retrocedió con él hacia el ventanal del fondo.

También Blake era fuerte. Pugnó con él rabiosamente, no se doblegó, luchando como un animal desesperado. Todd Martin estaba herido. Sentía el dolor lacerante, profundo y ardiente, en el costado. Se debilitaban sus fuerzas. Pero luchó aún. A pesar de que Blake iba dominándole, de que le superaba por fuerzas físicas.

En un supremo esfuerzo, Todd le golpeó brutalmente la mejilla y el mentón. El otro reculó, tambaleante. No cayó ni soltó el arma. Era un tipo correoso, sin el grave handicap de estar herido.

Riendo, apuntó a Todd con fijeza. Su cuerpo casi pegaba la espalda a la vidriera del ventanal. El arma señaló hacia Todd Martin. Herido, indefenso, sintiendo que se le nublabla la vista. Todd no pudo hacer nada.

De repente, el ventanal se vino abajo con estrépito. Los vidrios, hechos añicos, acompañaron con su fragor al redoble de un arma acribillando a balazos el recuadro del ventanal. Todos los proyectiles, o casi todos, se ahincaron en las anchas espaldas del rubio Blake.

Sacudido por espasmódicas convulsiones, retrocedió un paso, para avanzar dos después. Su pistola disparé hacia el suelo, sin tocar a nadie. Finalmente, con la sangre fluyendo por su boca, retrocedió varios pasos. Más de los precisos para cruzar el ventanal. Éste lo engulló, y su cuerpo fue lanzado al asfalto, a la calle exterior...

Todd Martin se mantuvo en pie, logró aferrarse a la mesa, sin caer aún. Goteó la sangre en la alfombra. Eva, al fondo, le pareció borrosa y lejana. Lloraba histéricamente. Cobardemente...

No entendía nada de lo sucedido. Ni lo entendió hasta que la puerta del gabinete se abrió con fuerza, y apareció en el umbral el agente Jeffreys, del FBI. Iba armado con una pistola humeante. La misma, quizá, que terminó con Blake.

Dirigió una mirada a los dos personajes en pie. Le seguían tres hombres de la oficina Federal. Dos de ellos fueron directamente a Eva, la tomaron por los brazos sin que ella protestara ni hiciese resistencia alguna.

Jeffreys y el otro, sujetaron a Todd para que no cayese. Martin

se volvió, les miró desconcertado. Y comenzó a balbucear:

—Ese hombre... mató a Paul Florián y...

—No necesita explicamos nada. Por lo menos, no ahora —sonrió Jeffreys—. Ya lo hará en una clínica, una vez fuera de peligro, Martin. Advertí algo raro en su mirada a aquella ficha. Le hice seguir. Llegamos aquí. Oí el disparo, luego vimos el cuerpo de un hombre armado, que parecía el mismo de la fotografía de las Palau... y disparamos.

Todd Martin iba a darles las gracias. No pudo. Se desvaneció.

Siempre agradeció haberse desvanecido. Así no vio más a Eva Florián... Ni deseaba verla. Era mejor así. Terminar allí mismo... lo que jamás debió empezar.

CONCLUSIÓN

Todo seguía igual.

El sol, la luz, el color... Y también el calor, el olor a plantas a mar, a sudor y a vitalidad humana. Antes le había parecido nauseabundo todo eso. Ahora, era hermoso. Muy hermoso todo. Como volver a un jardín, saliendo de una ciénaga.

Se detuvo en la pasarela del barco. No era el «Ruta de Java» con el que había vuelto a Weda. Pero se parecía mucho. Le llamaban «Reina de las Islas».

Tampoco el Todd Martin que descendía se asemejaba mucho al que se fue.

Su traje limpio, su rostro afeitado, su expresión amarga, no eran la del vagabundo feliz y descuidado de otra época. Solamente llevaba consigo el frasco-petaca de ron.

Al pisar el suelo del muelle, quiso celebrarlo. Se detuvo, dejando su maletín y su nueva máquina portátil en tierra. Venía decidido a trabajar, a escribir de nuevo, a resurgir de sus cenizas. Pero merecía la pena empezar con un buen trago.

Extrajo el frasco-petaca. Lo descorchó, alzándolo en el aire. Entonces, sonó una voz.

No lejos de él. Era una voz trémula, estremecida, pero serena en el fondo.

—Has vuelto... Has vuelto, Todd Martin...

Giró la cabeza. Era ella. Blanca. Hermosa, sencilla, trémula. Debió suponerlo. Blanca iría a esperar todos los barcos, a recibir a todos los viajeros. Esperando siempre su llegada. Pero sin esperanza, sin auténtica espera...

—Sí. He vuelto —musitó.

—¿Un fracaso, Todd?

—Eso es. Un fracaso. El más terrible.

—Ya... —Ella inclinó la cabeza—. ¿Desesperado?

—No. Ya no. Una vez me desesperé. Ahora, no. Simplemente... quiero olvidar.

—¿Bebiendo otra vez?

—Si no hay nada mejor... —Se encogió de hombros—. He pensado en trabajar, en vivir una vida normal, en volver a ser quien fui. Pero no sé si tendré voluntad, Blanca.

Ella no dijo nada. En vez de eso, habló de pronto:

—Vengo aquí cada día... desde que te fuiste.

—Sí, ya sé. Lo suponía.

—Había perdido toda esperanza, Todd.

—También lo suponía.

—¿Por qué has vuelto?

—No sé. Supongo que en busca de alguna esperanza. Yo también las perdí.

—¿Crees que aquí las encontrarás?

—Si no las encuentro... —Agitó su frasco de ron—. Siempre hay un consuelo, Blanca.

—Todd... Yo quiero que la encuentres. Y que Olvides eso. Me dijiste que si alguna vez hallabas algo por lo que mereciera la pena luchar, lucharías... olvidándote del alcohol.

Martin la contemplaba fijamente. Vio unos oscuros y nobles ojos, una boca temblorosa, un seno palpitante e inquieto... Vio la luz, el sol y los colores de las islas. Todo hermoso, dulce, limpio y cordial. Suspiró.

—¿Sabes una cosa, Blanca? —musitó lentamente—. He vuelto... porque quería ver con mis propios ojos si las cosas eran de otro modo a como yo las vi antes. Si este infierno de mi pasado, era realmente un paraíso donde vivir mejor.

—¿Y qué ves, Todd?

—Veo... una mujer maravillosa. Un paraíso como fondo. Y un mundo nuevo, por el que vale la pena luchar... quizá porque esa mujer esté en él.

Blanca sonrió, radiante, estremecida. Parpadeó al ver que Todd Martin arrojaba el frasco de ron al suelo. Se quebró el cristal, derramóse el licor. Todd no lo atendía. Ahora, avanzaba hacia ella.

Blanca sólo podía hacer una cosa por él: acortarle el camino. Y

lo hizo.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.